Juan Carlos Boveri

Encuentros y apariencias



Imagen: Encuentro – JB

Un encuentro con Devi

La capo

Abrí los ojos. El sol se colaba entre las hojas.

Me había quedado dormido bajo un árbol.

Con algo de pereza, me puse de pie.

Caminé unos metros y la vi.

Abrió los brazos de par en par y su cara se iluminó con una gran sonrisa. No la conocía.

—¿Todavía te dura el pedo? —dijo.

—No me emborraché —le dije, un poco sorprendido.

—¡Qué lindo lugar elegiste para despertarte!

—Para dormir querrás decir.

—Como vos quieras.

Era muy bonita.

Usaba un pantalón y una campera de gimnasia, una remera blanca y zapatillas.

—¿Venís del campo de Peralta?

—¿Por?

—Me pareció que venías de ese lado. ¿Vos quién sos?

—Devi.

—¿Es un diminutivo?

—Devi es Devi.

—La primera con ese nombre que conozco. ¿Sos familiar de los Peralta?

—Ponele, así te quedás tranquilo.

Su cabello era rubio. Sus ojos, muy azules y brillaban alegres. Su cara hubiera sido el modelo perfecto para una santa pintada por un artista renacentista.

—¿Viniste de vacaciones al campo?

—¡Uy! Pablito, sos una máquina de preguntar.

—Sabés mi nombre. ¿Nos conocemos de alguna parte?

—Soy muy conocida. Muy famosa.

Todo el tiempo sonreía. Era muy simpática y, al mismo tiempo, me daba la impresión de estar medio loca.

—¿Sos actriz?

—¡Dejate de joder! Sos un rompe bolas. Meta preguntar.

—Tengo derecho a preguntar. Te metiste en el campo de mi abuelo. Si quiero, te echo.

—Dale, tratá. A ver si podés.

Me hizo reír. Era increíblemente graciosa y seductora.

—¿Cuántos años tenés?

—Decí vos de cuántos parezco.

—Diecisiete, dieciocho.

Pareció ponerse más contenta de lo que estaba.

—¿Avisaste que venías para acá? —le pregunté.

Hizo un gesto con la mano abierta, subiéndola y bajándola, como si pesara algo.

—Qué rompe huevos que sos. No le avisé a nadie. Hago lo que quiero.

—Hasta donde tus viejos te dejan hacer.

—Nadie se mete conmigo.

—La capo mafia.

—La capo de todos los capos.

Todo el tiempo habíamos estado caminando.

—¿Estás en el secundario o ya terminaste?

—¡Me tenés podrida!

El arroyo

—Cuando caminás, parecés una modelo desfilando.

—Encima, me querés tomar el pelo.

—Es cierto. No caminás como las demás chicas.

—Mirá lo que vengo a averiguar.

—¿Qué deporte hacés?

Demoró unos segundos en entender.

—¡Ah! Lo decís por la ropa. Siempre la uso para ir de un lado al otro. Es cómoda.

Sin duda que tenía su propio estilo en todo.

—¿Viajaste mucho?

—Y sí.

—¿Por turismo o por el trabajo de tu viejo?

—¡Qué plomo! Cortala con las preguntas.

Era muy entretenido estar con ella, aún cuando se enojaba.

—¿Tenés novio?

—No se me da la gana.

Me hacía gracia cómo hablaba. Era espontánea.

La verdad es que también era bastante rara.

—Todas las chicas quieren un novio, casarse, tener hijos.

—Cosa de ellas.

—¿Pensás quedarte soltera toda la vida?

—Hacé lo tuyo, que yo hago lo mío. Vas a casarte con una de esas chicas que saben cocinar y que a los cuarenta se ponen gordas y culonas. Tus dos hijos ni bola te van a dar cuando llegués a viejo, panzón, canoso, medio pelado, con hemorroides y dientes postizos.

—Qué bien. Resulta que sos adivina. Ves el futuro.

—Yo diría que el pasado.

Se puso a silbar una canción que no reconocí.

—Sos muy hermosa.

No era mi intención decirlo en voz alta, pero se me escapó.

—Descubriste América. Me lo dicen todos.

—Si sos creyente, estás cometiendo el pecado de soberbia.

—Nací soberbia. Soy una diosa.

—Sí. Cuando naciste a tus viejos les pidieron autógrafos.

Soltó una carcajada. Su risa estaba llena de alegría.

—¿Nunca tuviste un novio?

—¡Dejame de romper las pelotas! No te aguanto más. Sos un charlatán insoportable. Hacés una pregunta y, sin respirar, me largás otra.

—Preguntando se llega a Roma.

Llegamos al arroyo.

—Qué lindo el lugar que elegiste para traerme.

—No te traje. Caminamos y llegamos acá porque sí.

—Muy, muy lindo donde me trajiste —insistió.

El sauce

Me saqué las botas y metí los pies en el agua.

—Sacate las zapatillas y arremangate el pantalón —le dije.

—No quiero. Puede hacerme mal a las encías.

De nuevo, me hizo reír. Tenía chispa.

Se acostó en el piso. Puso las manos bajo la nuca y se quedó en silencio mirando el cielo. Yo la miraba a ella.

En marzo, recibí mi diploma de ingeniero agrónomo.

Mis padres estaban felices y mi hermano, cuatro años mayor a mí, a los veintinueve, había puesto su estudio de arquitectura y le iba muy bien. En julio, justo tres días antes de que el hombre llegara a la luna, gané un importante torneo de ajedrez.

Era un buen año para mí. De yapa, Devi.

Jamás había conocido a una chica así.

Era como si me hubieran hechizado y el hechizo me hiciera sentir la necesidad de estar siempre a su lado.

¿Apenas la conocía y ya estaba enamorado de ella?

—¿Tenés hermanos?

—Ya era demasiado cinco minutos sin preguntas.

—¿Viniste con tus viejos?

—¡Ahora sí que me hiciste calentar! ¡Sos imbancable! ¡Pará de preguntar, jetón!

Se levantó de golpe. Era muy ágil.

—Dale, sacá las patas del agua y vamos.

—Quiero quedarme.

—Voy hasta aquel sauce y vuelvo. Si no sacaste las patas y te levantaste, cuando vuelva te levanto a patadas en el culo.

Empezó a caminar hacia el sauce.

Las botas

Me quedé mirando el agua. No pensaba moverme. Quería ver qué hacía cuando regresara.

Siempre que estaba en el campo del abuelo, desde que era chico, pasaba horas en el arroyo.

Este era el mejor lugar del mundo para mí.

Miré el agua. En la otra orilla, un tacuarita voló a la rama de un ceibo.

De repente, fue como si el flash de una máquina fotográfica se hubiera encendido a diez centímetros de mis ojos.

En medio de la luz, vi a un hombre viejo en una cama.

Alguien lloraba a su lado.

Cerré con fuerza los ojos y volví a abrirlos.

El agua del arroyo corría tranquila.

Me paré. Estaba aturdido. ¿Qué fue lo que había visto?

Devi caminaba hacia mí.

Tenía una vara de sauce y tiraba bolitas al arroyo.

Al verme, dijo:

—¡Eh, boludo, qué cara! ¡Flor de cagazo te pegaste!

Sonreía. Sus cabellos flotaban con el viento.

—No pasa nada. Te despediste de unos huesos viejos y una carcasa arruinada.

No supe qué decir.

—Ponete las botas —dijo.

Le hice caso.

—Abrochate el botón de la camisa. El que está a la altura del ombligo. Arreglate bien.

Algo que transmitía hizo que me sintiera tranquilo.

—Ahora, sí. Mirá qué lindo estás.

—¿Para qué tengo que estar arreglado?

—Otra vez. Me tenés con las pelotas llenas de preguntar y preguntar. Pedazo de boludo, date cuenta de que los que te esperan van a verte como estás ahora.

—¿Quiénes me esperan?

—Te metería una piña.

Me quedé quieto, mirándola.

Su cabello brillaba bajo el sol.

—¿Vos sos... ? —murmuré.

Su cara se iluminó con la sonrisa más bella que había visto.

Extendió su mano.

—Dale, vamos —dijo.

La tomé de la mano.

Podía confiar en ella.

Estaba seguro de que me llevaría a un buen sitio.

Un encuentro con Miguela

La invitación

Me senté en una de las mesas del bar. Pedí un Daikiri.

Él estaba en la barra.

Tomaba vuiski con hielo.

Usaba un traje caro, sin corbata y con dos botones de la camisa desprendidos.

Su cabello era canoso y con un corte muy cuidado.

Pasó bastante tiempo mirándome.

Una mujer sola, a las once de la noche, en un día de semana, llama la atención. Sobre todo, si está muy bronceada y lleva un vestido blanco y corto.

Crucé mis piernas.

Lo miré de reojo y sostuve su mirada un par de segundos.

Le resultó suficiente.

Se acercó.

—Perdóneme, si espera a alguien, la dejo enseguida.

Parecía un hombre seguro de sí mismo.

—No espero a nadie.

Me sonreí.

—¿Puedo invitarla con otro trago?

Moví apenas la cabeza, negando.

—Todavía no comí. Si tomo más, me parece que no me va a caer bien.

—Entonces, la invitó a comer.

La cena

Su auto era un Mercedes. Fuimos a un buen lugar.

Después de un rato, dijo:

—Es raro que estés sola. Sos muy atractiva.

Había pasado al tuteo.

—Una amiga me dejó plantada. Decidí salir un rato. Pensaba volver temprano a casa. Pero la mujer propone y el hombre dispone. ¿Verdad?

—Diría que es al revés.

—Los hombres manejan el mundo.

—En parte, es cierto. Pero las mujeres influyen mucho. En la mayoría de los casos, son las que deciden.

—¿En qué?

—En casi todo.

—Por ejemplo.

Se sonrió. Tomó un poco de vino.

No dejé de mirarlo a los ojos.

—En asuntos amorosos —dijo.

—Específicamente, ¿en cuáles?

Me divertía.

—Invitás a una chica. Ella decide si quiere o no.

—¿Quiere o no, qué?

—Bailar.

—Ahora, entendí. Es verdad, me sacan a bailar y digo sí o no. Me gusta bailar. ¿A vos?

—Nunca bailé bien.

—Las apariencias engañan. Parecés un buen bailarín.

Dudó. No estaba seguro si hablaba con doble sentido.

Empecé a comer.

No tenía hambre. Ya había comido antes de ir al bar.

Me gustaba que tuviera que gastar plata en mí.

Cuanto más costosa fuera la cuenta, mejor.

Hay algo excitante en sacarle dinero a un hombre.

Sobre todo, cuando lo gasta porque busca sexo.

—No debe preguntarse la edad a una mujer, pero sos muy joven y no creo que te moleste decirla.

—Cuarenta.

Levantó las cejas.

—¿De verdad tenés cuarenta?

—Si no me creés, entonces, tengo veinticinco.

—Todavía, te daba un par de años menos.

—¿Y vos?

—Tengo cincuenta y uno.

—La mejor edad.

Volvió a sonreír.

—Mejor edad, ¿para qué?

—Para todo. Menos para jugar al fútbol en primera, estar en la selección de rugby, ser primer bailarín de un ballet, correr la maratón en las olimpiadas; hay más, pero lo dejamos hasta acá. Lo que queda, lo puede hacer un hombre de tu edad.

Se puso a reír.

—Tenés muy buen humor.

—No. Al contrario, me enojo con facilidad. Mi analista dice que escondo rencores infantiles. Mis padres adoraban a Miki. Le daban todo lo que pedía. Su mundo giraba alrededor de ella. La convirtieron en una especie de princesa.

—¿Miki es tu hermana?

—No. Me dicen Miki, por Miguela. Soy hija única.

Se rió con ganas.

—Sos muy divertida, Miki.

—No me digas Miki. Me llamo Miguela. Odio a Miki. Me parece que no entendiste lo que dije.

No supo qué decir.

—Hay algo que me gusta de vos —le dije.

—¿Qué?

—Creés todas las estupideces que digo. Ya debieras saber que no hay que creer en las mujeres. Todas mienten.

Hizo un gesto aceptando

—Vos no mentís. Hacés bromas.

—No me gusta bromear. Miento.

Me puse muy seria. Luego, mostré una ancha sonrisa.

—Seguro que nadie se aburre con vos —dijo.

—Alguien me dijo que un arquero puso una flecha en el arco y la disparó. La flecha somos nosotros. Nuestro tiempo se acaba cuando la flecha llega al blanco. Hay que aprovechar ese tiempo. Es breve. Ni siquiera sabemos en qué blanco iremos a dar.

—Eso es cierto.

—Podés decirme Miki. Me gusta que me digan así. Suena a sobrenombre de varón.

Sos demasiado mujer.

—¿Estás seguro?

Levantó la vista del plato.

—Hoy día, nunca se sabe. Pero vos sos muy femenina. Desde la cabeza a los pies.

No le contesté. Ni siquiera sonreí. Comí otro bocado.

Él no dejaba de mirarme. Casi había terminado el plato. Sirvió más vino.

—¿Saliste con hombres de mi edad?

—Salir con chicos es como comer bananas verdes.

Parecía ponerse alegre con cada cosa que le decía.

—Un hombre de tu edad hace sentir segura a una chica.

—¿Te sentís segura conmigo?

—Sí.

—¿Y si fuera un degenerado, un pervertido?

—Mejor.

Al mismo tiempo, soltamos una carcajada.

—Sos muy bonita, Miki. Una hermosa morocha de ojos azules. Tu cara es perfecta.

—Uso peluca y lentes de contacto.

Volvió a reírse. Demoró bastante en hacer la pregunta que le sacara la duda. ¿Yo era una prostituta de alto nivel?

—¿Trabajás?

—Soy abogada.

Se echó para atrás en la silla. No lo esperaba.

—Mirá vos. Y yo que preciso una abogada para mi empresa.

—Estoy en Douglas, Bujold y asociados. Es un bufete con la sede central en Nueva York. Para que los deje, tendrías que pagar muchísimo más de lo que gano. Te conviene contratar al estudio y pedir que sea tu abogada. Me harías ganar puntos. Hace poco que empecé con ellos.

—Así que, además de un buen cuerpo, sos inteligente. Una combinación que puede ser mortal para un hombre.

—No tengas dudas.

—Debés haber vuelto locos a unos cuantos.

—Un par de psicoanalistas me dan una comisión por los pacientes que les mando.

Se río otra vez.

—¿Qué clase de empresa tenés?

—Soy dueño de una textil y una constructora.

—El dinero siempre trae problemas a los que lo ganan. Pero no es ningún problema gastarlo cuando es otro el que lo provee.

—Tenés razón. Las mujeres destrozan las tarjetas de crédito de sus maridos.

—Lo que debe considerarse es que el dinero no es solo del marido, sino de los dos.

—Habló la abogada defensora de esposas.

—No te quejés de las mujeres que reclaman lo que es justo. Sos un hombre rico y con facha. Debés tener unas cuantas mujeres revoloteando a tu alrededor.

—No creas. Soy bastante exquisito. Me gustan solamente las que son especiales. Como vos.

Hizo una pausa y dijo:

—Me gustas mucho, Miki. Mucho. A cada minuto, más.

Me mojé los labios con la lengua. Mi rouge era rojo.

Miré hacia otras mesas.

Él no me quitaba la vista de encima.

—Antonio, ¿me devolvés el corpiño?

Se sorprendió.

—Me sacaste toda la ropa con la mirada.

Sonriendo, dijo:

—¿Te molesta?

Entrecerré los ojos.

Los abrí. Mirándolo fijamente, le dije:

—No.

El cuadro

Fuimos a su departamento, en la Avenida Libertador.

Un piso doce. Lo había refaccionado adaptándolo a sus necesidades. Solo había dos cuartos: el dormitorio y una gran sala con enormes ventanales desde los que se veía el río.

Fui al baño. Tenía que prepararme.

El baño tenía las paredes y el piso de mármol de Carrara. Las canillas eran de bronce bañadas en oro.

A los hombres como él les gusta la ostentación.

Vi en el dormitorio una cama king size y, sobre el respaldo tapizado en cuero gris, un cuadro de arte abstracto que combinaba con el color de las paredes.

Un sitio pensado para llevar mujeres.

Puso música.

Una negra cantaba blues.

Con la seguridad de haberlo hecho así otras veces, destapó una botella de champagne y me dio una copa.

—Es un departamento muy apropiado para seducir mujeres. ¿Trajiste a muchas?

Meneó la cabeza. Respiró hondo.

—No a tantas como pensás. Casi siempre estoy solo.

Con la vista, recorrí cada sector de la habitación.

—¿Te gusta grabar videos cuando estás con mujeres?

—A veces lo hago. ¿A vos te gusta?

—Sí. Pero no con el celular. Con una buena cámara. ¿Tenés alguna en el dormitorio o acá?

—No. Pero podría ponerla.

—A las mujeres las excitan esas cosas. Todas somos un poco exhibicionistas y voyeristas.

Sin dejar que respondiera, le pregunté:

—¿Cómo se llama tu mujer?

Lo tomé por sorpresa.

Dudó. Pensó en mentir. Eligió responder con la verdad.

—Susana.

—Es más o menos de tu edad.

—Un par de años menos. ¿Cómo sabés?

—Por el nombre.

—Pasado de moda, querés decir. Como Antonio.

—Cuando yo tenga cincuenta van a decir que mi nombre es antiguo. Todo se pasa moda. Menos algunas cosas.

—¿Cuáles?

No le contesté. Él conocía la respuesta.

Caminé por la sala. Sentía su mirada.

—Me preguntaste si salí con hombres grandes —le dije.

Miré uno de los cuadros colgados.

Una copia de un Malevich.

—Perdí la virginidad con uno.

—¿Cuántos años tenías

—Trece.

—¿Y él?

—Cuarenta. Era amigo de mi papá y me conocía desde que nací. Se ofreció a llevarme en su auto. Lo estacionó en una calle oscura y empezó a tocarme.

—¿Te violó?

—No. Me gustó mucho lo que me hizo. Nos seguimos viendo durante unos meses. Me llevaba a un departamento como este. Claro, sin tanto lujo. La mujer sospechó que tenía una amante y cortamos. Por supuesto, la mujer nunca hubiera podido imaginar que era yo. Me había visto andando en triciclo.

Yo no había dejado de caminar por la sala ni él de mirarme de la cabeza a los pies.

La historia lo había excitado más. A los hombres de su clase los atrae el morbo. Un viejo con una nena resulta estimulante.

Me detuve frente a otro cuadro.

—Kandinsky. Te gusta el arte abstracto.

Sabía que los cuadros habían sido colgados por el decorador, combinándolos con los colores de las paredes y el mobiliario.

Él no diferenciaba uno del otro.

—Sabés mucho de pintura.

—Algo.

—¿Te gustan estos cuadros?

—Para nada. Son líneas y colores puestos sin sentido. Después, el artista y los marchands lo inventan. Me gustan los pintores del barroco, como Caravaggio. Me fascina su pintura *Judith*

y Holofernes. Judith se ve tan joven, el cabello recogido, una poderosa sensualidad contenida y tan segura y convencida de lo que hace. Es una obra que quedaría muy bien en esa pared. Daría un toque especial, apropiado al clima de la sala.

Estuve a punto de reírme.

Antonio no tenía idea de lo que le estaba hablando.

Debe haber pensado que Judith y Holofernes estarían desnudos en una cama.

Como no podía sostener la conversación, recurrió a un tema remanido. Dijo:

—En una película, el tipo le pregunta a la chica qué salvaría en un incendio: al pajarito o a un Picasso. ¿A quién salvarías?

— A mí.

Las sandalias

Me senté en un sillón. Lejos de él. Crucé las piernas. Mi vestido subió hasta mi muslo.

Se quedó de pie. Mirándome en silencio.

Mordí con suavidad la uña de mi dedo índice. Lo toqué con la punta de la lengua.

Pensé que un hombre como él sabe qué hacer con una mujer en la cama.

—¿Tenés una amante?

—No niego que tuve alguna que otra relación. Pero no paso la vida con amantes.

Moví mi pie en el aire.

El modelo de sandalias permitía que los pies se vieran, estaban apenas cubiertos por un par de cintas de cuero negro que los sujetaba.

A él lo excitaban los pies.

En el bar, mientras estaba en la barra, no dejaba de verlos.

Soy meticulosa y siempre tengo mis manos y mis pies impecables. Se conoce a las personas por la forma en que cuidan sus manos, sus pies y sus dientes.

—¿Pensaste en divorciarte?

La pregunta lo incomodó.

—A veces. A lo mejor lo hago.

Mintió.

—Los hombres nunca quieren darles la mitad del dinero a sus esposas. En los divorcios, lo que más les duele es la billetera. Si tu mujer quisiera quedarse con tu dinero, ¿se lo darías?

—Es la clase de mujer que nunca se divorcia. La conozco bien.

—Ningún hombre sabe cómo es una mujer.

Se acercó.

Me deseaba.

—Me gustaría saber cómo sos vos —dijo.

—Soy una mujer, te diría, diferente.

—Eso ya lo sé. Basta con mirarte y estar un rato con vos.

—¿Me estás comparando con otras?

—Ni se me ocurrió.

Toqué uno de mis aros.

Volví a mirar cada rincón de la sala.

Lo miré a él a los ojos.

—Contame cuál fue tu amante preferida.

—Ninguna. Todas fueron relaciones pasajeras.

—Puedo esperar a que me cuentes.

—¿Sos curiosa o te excita?

—¿Quién sabe?

Dio unos pasos, acercándose a mí.

Dije:

—Algunas cosas se conocen poco a poco. Otras, de manera imprevista. ¿De qué manera creés que me conocerás?

—De cualquiera.

Ya estaba en el punto exacto al que lo llevé.

Si estiraba la mano, podía tocarme.

Me levanté.

Esquivé su cuerpo.

Caminé hasta uno de los ventanales.

La luna se reflejaba en el río.

A lo lejos, se veía la luz de una boya.

Se puso a mis espaldas.

Desprendió el cierre de mi vestido.

La espalda

El vestido quedó en el piso.

Él me besaba en los hombros.

Me aparté de él.

—Sentate —le dije.

Obedeció como si le hubiera dado una orden.

Llenó su copa de champagne.

Se sentó sonriendo.

Esperaba que me desnudara muy despacio frente a él.

Estaba segura de que imaginaba eso.

Le di la espalda.

Abrí mi bolso.

Sin darme vuelta, le dije:

—La vida da sorpresas. A lo mejor, recibís una sorpresa.

Me bajé un bretel del corpiño.

—De chica, tuve un perro. Era feliz cuando le daban un hueso. Estás viendo cómo me desnudo. ¿Te hago feliz?

—Mucho, nena. Te aseguro que mucho.

—Quiero que te sientas feliz.

Me bajé el otro bretel.

Sabía que comenzaba a acelerarse su respiración.

Le dije:

—Supongamos que te dijera que cobro por hacer esto.

Soltó una risita.

Lo creyó parte de un juego previo.

Y era así.

—Nena, por ese cuerpo, te pago lo que quieras.

Desabroché el corpiño.

Dejé que cayera al suelo.

Vio mi espalda desnuda.

—¿Cuánto pagarías por mí?

—¿Hablás en serio?

—Sí.

—¿No sos abogada?

—Soy otra clase de profesional.

Se quedó en silencio.

Estaba demasiado excitado como para retroceder.

Con la voz cargada de su deseo, dijo:

—Cinco mil dólares

Verme de pie, de espaldas, solo con un culote transparente y tacos altos, lo tenía a punto de babearse.

Me gustaba hacerlo sentir así.

Me gustaba excitarlo.

Sentir que me deseaba.

Saber que estaba dispuesto a pagar por tenerme una noche.

—Es poco —dije.

—Diez mil dólares.

Meneé la cabeza.

—No te preocupes. Ya pagaron mis honorarios.

—¿Sí? ¿Quién te los pagó?

—Tu mujer.

Me di vuelta.

Le pegué un tiro en la frente.

Un encuentro con Lisa

El uniforme

Estaba vestida con uniforme escolar.

Se sacó los zapatos y las medias.

Se acostó despatarrada sobre el césped.

Enrolló el pulóver que llevaba atado en la cintura y lo puso como almohada bajo su cabeza.

Yo estaba sentado en un banco, cerca de ella. Era rubia, con el cabello corto, que apenas le llegaba a los hombros.

Dejé de prestarle atención. Seguí leyendo el libro.

—¡Che, pibe! —dijo.

Alcé la cabeza.

Se había sentado. Doblaba y abría los dedos de los pies.

—¿Tenés un cigarrillo?

—No fumo.

—¡Ah! Bue... un putazo.

—¿Qué dijiste?

—¿Qué te pasa, algún problema, pendejo?

Me levanté y fui hasta donde estaba.

—Guarda, pibe. Si me querés hacer algo, te pego una patada en los huevos.

—No te voy a hacer nada. Vine a sentarme acá. ¿Puedo?

—Si fuera la dueña de la plaza, te lo prohibiría. Como no soy la dueña, podés hacer lo que te dicte tu consciencia.

—Voy a sentarme.

—¿Y? ¿Qué querés que haga? ¿Esperás que te corte el césped para que esté lisito?

Pertenecía a esa clase de chicas que son muy lindas y lo saben. Una de esas que se sienten seguras de correr con ventaja.

—¿Por qué me dijiste putazo?

—Los hombres que no fuman son maricones. Tienen miedo de que el cigarrillo les haga nana.

—Fumar no es bueno.

—Boludeces que te inculcaron. Los hombres de antes fumaban y eran bien machos. Los de ahora son unos mantequitas. Mi abuelo fumaba cien cigarrillos por día y se murió a los noventa y siete años. Estaba en la cama, muriéndose y mandó a comprar cigarrillos. Mi abuela no fumaba y se murió a los setenta y cuatro, tenía más enfermedades que plumas una gallina

—Es un caso especial. Está probado que hace mal.

—Mi viejo fumaba cuatro atados al día.

—¿Se murió?

—Sí.

—¿A qué edad?

—A los cuarenta.

—De cáncer de pulmón.

—No. De un tiro que le pegó la policía.

—Lo siento mucho. Eso que pasó es muy grave. Muchas veces la policía mata gente inocente.

—Mi viejo no era inocente. Asaltaba bancos. No era un chorro cualquiera. Era de primera. De los pesados bien pesados. Se escapó dos veces de Devoto y una de Sierra Chica. Mató a tres canas. Mi viejo era muy respetado en el hampa.

—Parecés orgullosa de él.

—¡Y qué te parece! ¿Tu viejo es chorro?

—No.

—¿Qué hace?

—Trabaja en una empresa. Es gerente de ventas.

—¿Y qué me podés contar del trabajo de tu viejo?

Pensé un momento.

—No hay mucho para contar —dije.

—¿Viste? Yo puedo estar días enteros contando del trabajo del mío. Acá cerca, él y la banda cavaron un pozo de cincuenta metros por debajo de Callao y entraron por un boquete al banco. Abrieron casi todas las cajas de seguridad y se llevaron como treinta millones de dólares.

—¿Tu viejo fue el que hizo ese robo?

—Claro. ¿Te das cuenta? Mi viejo es famoso.

—Mi viejo tenía una caja de seguridad en ese banco. Tu viejo se la robó.

—Ves que el mundo es un pañuelito.

Enseguida frunció el ceño.

—La guita no te la devuelvo —dijo.

Me hizo reír.

—Mi vieja y yo nunca la vimos. Mi viejo la enterró bajó una higuera y no sabemos dónde está la higuera. Se llevó el secreto a la tumba.

—Estás mintiendo.

—Si me tratás de mentirosa, te puede ir mal. Hago una llamada y sos boleta.

—No te tengo miedo.

—Porque no me conocés... Señor.

Un hombre giró la cabeza.

—¿Tiene un cigarrillo?

—No fumo —le contestó.

—Entonces, no le doy las gracias porque no me dio nada.

Se rascó un pie.

—¿Cómo te llamás? —le pregunté.

—Todos me dicen Lisa así que me debo llamar Lisa.

—Por Lisa Simpson.

—No. Por Lisa Ann.

—¿Quién es?

—Una súper estrella del porno. A mi viejo le encantaba.

Puso el pie cerca de mi cara.

—¿Tengo algo? Me pica.

—No veo nada.

—¿Habrá bichos colorados?

—No creo. ¿Te hiciste la rata? ¿A qué colegio vas?

—A ninguno.

Se miró la planta del pie.

Pareció conforme con lo que vio y estiró las dos piernas.

—Estás de uniforme.

—Lo uso para mi trabajo.

—No me vas a decir que sos actriz.

—No. Soy puta.

Las medias

Parecía hablar en serio.

—Cuando me case, va a ser en esa iglesia. Ahí se casan todos los chetos.

Señaló hacia Nuestra Señora del Pilar.

—¿Andás de novio?

—No. Voy a casarme cuando deje la profesión.

—¿De verdad trabajás?

—Sí, bepi. Tengo mis clientes fijos, pero ando de levante por acá para ampliar el negocio.

Podía pensar que fuera actriz, cantante, modelo, cualquier cosa, menos prostituta.

—No parecés.

—¿Puta?

Afirmé con la cabeza.

—Nadie es lo que parece.

—¿Yo que parezco?

—Un chetito mantenido por el papito y que estudia alguna carrera en la universidad, como para justificar su vida.

—No soy ningún chetito mantenido por el papito.

—Te dije: nadie es lo que parece.

Me miró a los ojos sonriendo.

Le sobraban recursos de seducción. Por lo menos, conmigo hacían efecto.

—Vos tampoco —dije.

—Cuando ando vestida así, se la toman en serio y creen que soy una pendejita que va al secundario. Me dan dieciséis o diecisiete años.

—¿Cuántos tenés?

—Veinticinco.

—Me estás jodiendo.

—No, pibe. Tengo veinticinco.

—Me llevás tres años y te daba, por lo menos, cinco o seis menos que yo.

—Mi vieja tiene cuarenta y cinco y le dan treinta.

—Es genético. Conozco a gente a la que nadie le da la edad que tiene. ¿Tu vieja sabe de qué trabajás?

—Más bien. Mi vieja es dueña de un sauna muy bacán. Tiene quince chicas de primera trabajando. Siempre me hincha para

que labure con ella. No quiero. Me gusta hacer la mía. La plata me la gano sola desde los diez años.

—¿Empezaste a los diez años?

—Sí.

—Eso es abuso infantil —dije, un poco indignado.

—Puede ser. A mí me sirvió. Mirá dónde llegué: de diez dólares a mil.

—¿Cobrás mil dólares?

—Por hora.

—¿Cuánto ganás por mes?

—Depende. Un mes al año me voy de vacaciones a Miami o Cancún. Sábados, domingos y feriados, no trabajo. Tampoco si estoy con la regla ni en el día de mi cumpleaños. En promedio, saco unos treinta mil dólares mensuales.

Me quedé con la boca abierta.

—No puedo creer que ganés tanto.

—Tengo buenos clientes. ¿Me acompañás hasta La Biela?

Tomó los zapatos y las medias.

Se puso de pie y empezó a caminar descalza.

El césped

—Lo mejor del mundo es caminar descalza sobre el césped. Sacate las zapatillas y vas a ver.

—Sí, caminé otras veces. Ahora no quiero.

—Debés tener olor a patas y te da vergüenza.

—Para nada. Me baño todos los días.

—Con el paso de las horas, te agarra ese olor a patas que tenés. Hay talco para los pies.

—Te dije que no tengo olor.

Se sentó en un banco a ponerse las medias y los zapatos. Sin levantar la cabeza, dijo:

—Estás aprovechando para verme las piernas y por si se me ve la bombacha.

—Estoy mirando para otro lado.

Terminó de calzarse. Caminamos.

A media cuadra de La Biela, se detuvo.

—Hasta acá llegamos. Tengo que dejarte. Voy a encontrarme con un cliente.

—¿Siempre vas a La Biela?

—A veces, a tomar algo con una amiga.

—¿Te encontrás con tus clientes en el bar?

—No. Me esperan en el auto. Todos son casados. No pueden hacerse ver acompañados por una mujer. Los que levanto esperan que camine mirando vidrieras y me siguen.

—Cobrás bastante. ¿Llevan esa plata encima?

—La mayoría. O van al cajero. Los viejos tienen guita.

—¿A qué le llamás «viejos»?

—A los de más de cincuenta, sesenta.

—¿No te da asco estar con un viejo?

—Para mí, viejos es igual a guita. La guita me gusta, entonces, me gustan los viejos. Los viejos con guita, mejor dicho.

Me dio un beso en la mejilla despidiéndose.

La seguí de lejos. Caminó por Quintana. Subió a un coche.

Me dio bronca. Como si ella fuera algo mío.

La veía tan bonita, con esa cara que parecía llena de inocencia, que me resultaba casi increíble que fuera prostituta.

Todo el fin de semana pensé en ella. El lunes fui a Plaza Francia. No pude encontrarla. Volví el martes. Esperé mucho tiempo. Tampoco apareció. Dijo que estaba en la zona de lunes a viernes. Algún día iba a encontrar la de nuevo. Fue el jueves.

La hermana

Caminaba por Avenida Alvear con otra chica.

Esta vez no usaba el uniforme escolar. Iba con jean, una sudadera que le llegaba a los muslos y zapatillas de una de esas marcas muy caras. Le dijo algo en el oído a la amiga. Se rieron entre ellas. ¿Se reían de mí? En realidad, ni siquiera me habían visto. Seguían hablando cuando pasaron a mi lado.

—Lisa —dije.

Se sorprendió.

—Hola. A vos te conozco de algún lado.

—La semana pasada, en Plaza Francia.

—Sí, me acuerdo. Vos sos el que tenés olor a patas.

La amiga se rió. Daba la impresión de estar tentada de la risa y tratando de controlarse.

—Te dije que no tengo olor.

—¿Empezaste a usar el talco que te dije?

—Sí. Ya se me terminó y justo iba a comprar otro.

Las dos soltaron una carcajada.

Lisa dijo:

—Te presento a mi hermana Casimira.

—¿Cómo estás? —dije.

Levantó una mano saludando. Tampoco ella tenía aspecto de ser una prostituta. Más bien de chica de buena familia.

—Casimira parece de tu misma edad.

—Sí, pero es mayor. Tiene veintisiete. Te conté que en la familia somos de parecer de menos edad.

—¿Tenés veintisiete?

—Como te dice mi hermana.

—Y tiene dos hijos —dijo Lisa.

—¿Estás casada?

—Es soltera —dijo Lisa antes que Casimira contestara—. Al primero, lo tuvo a los catorce y el segundo a los dieciséis. Después, mi vieja le hizo atar las trompas.

Casimira apretó los labios, como si se estuviera conteniendo.

—Ya nos vamos —dijo Lisa—. Nos espera un cliente.

—¿A las dos? —pregunté.

—Marcelino es un viejito muy travieso.

—¿Qué edad tiene Marcelino?

—Sesenta y cuatro.

—Sesenta y siete —la corrigió Casimira.

Al mismo tiempo, las dos volvieron a soltar una carcajada.

—Nos reímos de Marcelino. Es un viejo jodón. Justo hablábamos de él cuando te encontramos. Nos reíamos de acordarnos lo que hizo con las sábanas —dijo Lisa.

—¿Qué hizo?

—No, no puedo contarte. Esta profesión es como la de cura o psiquiatra. No se revela lo que hace el cliente.

—Si querés, voy yo sola —dijo Casimira.

—Nunca falto a un compromiso. Un gusto verte.

—¿Cómo te llamás? —preguntó Casimira.

—Cierto, no te pregunté el nombre.

—Facundo.

—Te dejamos, Facundo —dijo Lisa.

Las dos me dieron un beso en la mejilla como despedida.

Se las veía divertidas.

—¿Siempre andás por acá, no? —pregunté.

—Sí. ¿Por? —dijo Lisa.

—A lo mejor vuelvo a encontrarte.

Encorvó los hombros.

—En una de esas te invito a tomar un helado —dije.

Se puso seria. Casimira le hizo un gesto que no entendí.

—El lunes, a esta hora, la vas a encontrar en Plaza Francia. Si llueve, al otro día —dijo Casimira.

Lisa la miró con los ojos muy abiertos. Como sorprendida.

Caminé en sentido contrario a ellas, hasta la esquina, me detuve y volví para seguirlas. Iban a una cuadra de distancia.

Doblaron en Montevideo hacia Libertador.

Hice lo mismo. Las perdí de vista.

Habrían subido a algún coche que las esperaba.

El helado

Estuve ansioso todo el fin de semana. El lunes me di cuenta de que no sabía a qué hora iba a estar Lisa en la plaza.

Fui pasado el mediodía.

Me senté en el mismo banco.

Varias veces me levanté a dar una vuelta.

Sentía vergüenza de estar tanto tiempo simulando que leía.

Apareció a las 3 de la tarde.

Esta vez no usaba el uniforme, sino una minifalda negra, una camisa blanca más larga que la chaqueta y unas alpargatas muy coloridas.

—¿Saliste a tomar aire? —me preguntó.

—Te esperaba.

—Decime.

—¿Qué tengo que decirte?

—Vos sabrás. ¿Andás buscando algo conmigo?

Creo que mi cara enrojeció.

—No sé, invitarte a tomar algo.

—¿Vos te pensás que me vas a levantar con un heladito? A mí me invitan con champagne Dom Perignon.

—Lo del helado fue un decir. Me salió así. Pero tenés razón.

—¿En qué?

—Vos estás trabajando. No da para que pierdas tiempo.

—Primero y principal: yo decido lo que hago con mi tiempo. Como sabés, lo cotizo alto. ¿Eso andás buscando?

—No. Para nada.

—Todos los hombres quieren lo mismo.

—Yo no. Qué sé yo. Lo único que quería era estar un rato con vos. Si me preguntás para qué, no sé. Lo seguro es que no era para eso que creés.

—Mirá vos.

Lo dijo en tono de burla

Me sentía cohibido frente a ella.

Era consciente de que estaba haciendo una estupidez.

Lisa no me veía del modo en que yo la veía a ella.

—Me voy —dije.

Di unos pasos.

—Pibe, ¿adónde vas?

Me detuve.

La miré.

—¿No me invitaste a tomar un helado?

La estatua

Pedí los helados. Lisa sacó plata del bolso.

—Yo invito —dije.

—Cada uno paga el suyo.

—Pago yo.

—Te hacés el recio.

Cada vez que se sonreía era como si me llenara de alegría.

—¿Nos sentamos acá?

—El helado se toma caminando, así los fluidos estomacales se van calentando, lo derriten más rápido y se mejora el proceso de la digestión.

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo dicen los mismos científicos que aseguran que el cigarrillo hace mal. ¿Fumás porros?

—No. ¿Vos?

—Porros, coca, heroína, pastillas, lo que se dé.

—Todo eso es muy malo.

—¿Me ves mal?

—No. Pero a la larga te va a afectar.

—Marcelino usa de primera. El otro día nos regaló casi medio quilo de coca.

—Es un viejo asqueroso.

—Si lo conocieras, hablarías bien de él. ¿A qué te dedicás?

—Estudio en Ciencias Económicas.

—¿Para contador?

—Licenciado en economía.

—¿Y de qué trabajás?

—Empiezo a fin de mes en la empresa que trabaja mi viejo.

—Lo que ya te dije. Te saqué la ficha enseguida. Sos un cheto mantenido por tu papi. ¿Tenés novia?

—Si tuviera, no estaría paseando con vos.

—¿Qué tiene? Los hombres siempre meten los cuernos.

—No todos. ¿Pensaste en hacer otra cosa?

—Ni loca. Me encanta mi trabajo.

Nos paramos a ver el monumento a Carlos de Alvear.

—Me gusta esta estatua. Siempre la miro. Bourdelle dijo que era su obra maestra. Viste lo que dicen de las estatuas ecuestres. Si el caballo tiene las dos patas alzadas es porque el prócer murió en batalla. Si tiene una sola levantada, el tipo murió tiempo después a causa de las heridas. Con las cuatro patas apoyadas, el héroe murió de cualquier otra cosa. Eso es mentira. Este caballo tiene una pata alzada, pero Alvear murió como a los veinticinco años de la batalla de Ituizangó. En Nueva York y siendo una especie de embajador —dijo Lisa.

Diría que me dejó con la boca abierta.

No tenía idea de quién era el escultor que hizo la estatua ni lo que se decía de las poses del caballo. Tampoco estaba enterado de que Alvear había muerto en Estados Unidos ocupando un cargo diplomático.

—¿Cómo sabés todo eso?

—Uno de mis clientes me lo contó.

Hablamos durante más de cuatro horas. Fuimos a un bar. Pidió un jugo de naranja. Quiso pagar su parte. No la dejé.

De repente, dijo:

—¡Uy, mi vieja me mata! Se me hizo retarde.

—¿Te estaba esperando?

—Por un asunto del prostíbulo. Te tengo que dejar ya.

—Te acompaño.

—Voy sola. Chau.

—¿Puedo verte de nuevo?

Pensó un momento.

—Podría ser. No te lo aseguro.

Nos miramos. Sentí ganas de besarla. Me contuve.

—Y me voy rajando —dijo y cruzó Las Heras corriendo.

Los anteojitos

—Estás loco. ¿Cómo te vas a enamorar de una puta?

—No le digas así.

—¿Cómo querés que le diga si es puta?

—La estás insultando.

Germán y yo cursábamos juntos unas materias.

—Tiene veinticinco y empezó a los diez. En quince años se debe haber acostado con más mil tipos. Y me quedo corto.

—Tengo que sacarla de esa vida.

—Dejate de joder. Estás reloco.

—Puede ser. Pero la voy a sacar de lo que hace.

Germán se echó para atrás, meneando la cabeza. Estábamos en un bar, tomando café en una mesa de la vereda.

—¡Ahí va la hermana! —dije, casi saltando en la silla.

—¿Qué hermana?

—Casimira, la hermana de Lisa.

Me levanté.

—Pará, loco.

Casimira llamó a un taxi.

—¿Cuál es?

—Esa, la que va a tomar el taxi.

—Qué boludo sos, Facundo. Sentate.

Me tironeó del brazo y se puso a reír.

—No sé de qué te reís.

Germán me miró con cara de sobrador.

—Decime, pelotudo, hace dos años, cuando estuviste un rato en el cumpleaños de quince de mi hermana, ¿viste a una chica

con un bonete en la cabeza y unos enormes anteojos negros de juguete que se la pasaba hinchando las pelotas?

—Sí.

—Esa era Lisa, tu puta.

Me quedé mudo.

—La que tomó el taxi es Carolina Di Pietri. La rompe bolas es Ana Julia Carreras. El padre es arquitecto, tiene una empresa constructora y unos doscientos millones de dólares. Ella es compañera de colegio de mi hermana. Yuli, así le dicen a tu puta Lisa, vive en un dúplex de Posadas y Montevideo.

—Por eso las perdí de vista cuando las seguí.

—¿Seguiste a dos pendejitas? Ni se te ocurra arrimarte a mi hermana, degenerado.

La venganza

Me había tomado por tarado, pero me sentía contento. No era una prostituta. Cuando la viera, le ofrecería la plata que decía cobrar. Iba a divertirme viendo su reacción.

Incluso, le diría que un amigo quería tener sexo con ella y estaría en un bar esperando que saliéramos del hotel.

Me senté en el mismo banco y la esperé poco tiempo.

Apareció caminando muy rápido.

Sonreí. Me alegró verla y, también, pensar en mi venganza.

Vestía jean, un buzo con el número 2, una bandana azul en la cabeza y un par de zapatillas estampadas tan caras como todas las que le vi puestas.

Estaba muy seria. Se quedó parada frente a mí.

Sin saludar, dijo:

—Tengo que decirte algo. Lo único que espero es que no te enojés mucho.

Miró hacia el piso.

—No soy puta. Te conozco del cumpleaños de Rocío. Te pedí el cigarrillo para hacer un chiste. No fumo. Cuando te arrimaste, me pasó lo que siempre me pasa con los chicos. Para sacarte de encima, hice toda esa historia que ya sabés.

Levantó la vista, como buscando las palabras.

—La chica con la que me encontraste no es mi hermana. Es mi mejor amiga y somos compañeras de escuela. Se llama Carolina. Cuando me invitaste con el helado, qué sé yo. Carolina se metió y tuve que seguir con esto. No esperaba que me invitaras sabiendo que era una puta. Mejor dicho, creyendo que era una puta. Pasa que tengo un problema muy serio para mí. Pongo una barrera con los chicos. Cumplí diecisiete y nunca tuve un novio ni salí con un chico.

Se rascaba una pierna. Dejaba de hacerlo y volvía a rascarse. Como algo que hiciera cada vez que estaba nerviosa.

—Soy hija adoptiva.

Hizo una pausa y dijo:

—Mi papá sanguíneo mató a mi mamá y se suicidó. Yo tenía tres años y vi todo.

Me quedé paralizado.

—Mi papá adoptivo es arquitecto. Por eso sé de monumentos. Él y mi mamá adoptiva son muy buenos y me quieren mucho. Perdieron una hija de seis años. El problema soy yo. Desde chica hago terapia. Primero, me trató un psiquiatra; ahora, voy a un psicoanalista. Es como que le tengo miedo a los chicos. No tengo drama con mis compañeros o con cualquiera con el que sepa que no pasa nada. El cable se me corta cuando un chico me gusta. Me asusto. Pienso que me va a hacer daño.

Se pasó la mano por la nariz.

—Listo. Ya te dije todo. Perdoname. No te enojés demasiado conmigo. Adiós.

Salió corriendo.

Fui tras ella.

Corría muy rápido y había un taxi esperándola.

Había preparado el escape.

No la pude alcanzar.

El buchón

—Sos bien boludo. Le conté a Rocío. No sabía que Yuli se hizo pasar por puta. Se cagó de risa y seguro que le contó que sabías

quién era. Las dos son muy amigas. La pendeja te volvió a versear y vos a entrar como un caballo.

—¿Decís que es mentira?

—Facundo, a mi hermana jamás le dijo que era hija adoptiva ni que a los Carrera se les murió una hija. Menos toda esa historieta del asesinato de la madre.

Germán se puso a reír.

—Preguntale a mi hermana cómo se la pasa haciendo jodas en el colegio y en cualquier lado que va. No parece traumada.

—Creí que era sincera. Te juro que no puedo creerlo.

—Lo que no puedo creer es que seas tan boludo de tragarte el verso de que era puta y, después, el verso de que es una nenita sufrida que vio al padre matar a la madre y suicidarse. Lo sacó de una película. Cualquiera se da cuenta de que es una nena bien. ¿No le viste la cara y la pinta que tiene? Aparte, ese verso de los noviecitos que no tuvo y la virgencita. Anda con un pendejo que se la volteó hace rato. Te lo firmo.

La declaración

La esperé en la vereda de enfrente del colegio. Salió con un grupo de chicas. Yuli parecía muy contenta. Hasta que me vio.

Crucé la calle.

—Yuli —la llamé.

Ella y todas las compañeras dieron vuelta la cabeza. Las demás cuchichearon entre ellas y, muy sonrientes, la empujaron hacia donde yo estaba.

—Me mentiste —le dije sin saludarla.

Puso cara de no entender de lo que hablaba.

—Germán me contó que no sos hija adoptiva. Rocío le dijo que me estabas tomando para la joda.

Levantó apenas la cabeza y la bajó. Como afirmando.

—¿Por qué me tomaste de boludo?

Se quedó mirando el suelo.

—Perdoname. Chau.

Se dio vuelta.

—No, esperá.

—Acabala. Dejame ir. Caro es mi única amiga. Rocío es una compañera. Nunca le conté a nadie. Caro es la única que sabe.

—Sí, la que se hace pasar por tu hermana Casimira.

Como si estuviera muy cansada, dijo:

—Está bien. Te mentí. Soy mitómana. Por eso me mandan a terapia. Ahora sí, me voy. Perdón por todo. Adiós.

Giró el cuerpo para irse.

La tomé con delicadeza del brazo. La solté enseguida.

—Estoy enamorado de vos —le dije.

A unos metros de distancia, Carolina se había quedado esperándola. Se acercó gritando.

—¡Eh, eh! ¡Dejala tranquila!

Carolina se interpuso entre Yuli y yo.

Me puso una mano en el pecho.

Era alta, como de un metro setenta y cinco, y flaca.

—Caro, andate, no hinchés las pelotas —dijo Yuli.

Se cruzaron una mirada.

—Te espero por ahí —dijo y fue a recostarse contra la pared del colegio.

Yuli se quedó callada.

Pareció estar dándole tiempo a Carolina para que se alejara.

—¿Qué me decías? —preguntó.

El novio

Nos pusimos de novios.

Entre nosotros, solo había besos y caricias.

Ella era una chica muy dulce y, aunque no estaba seguro si decía la verdad sobre su virginidad, no me importaba no tener sexo con ella. Jamás se me pasó por la cabeza intentar convencerla para que lo hiciéramos. Además, en los primeros días parecía no tener demasiada experiencia o simulaba.

La segunda vez que salimos, le dije que tenía algunas dudas y quería sacármelas.

—No sos mitómana. Te divierte jorobar. Me hiciste tragar lo de la prostituta y lo de la hija adoptiva, fueron buenas jodas, lo

reconozco, pero no quiero enterarme por boca de otro que me mentís en algo. Jurame que nunca me vas a mentir.

—Te lo juro. ¿Qué más?

—Sin querer, la primera vez que hablamos, te vi subir a un coche. ¿Quién te esperaba?

Hizo memoria.

—Mi viejo. Quedamos en encontrarnos para ir a comprar un regalo para el cumpleaños de mi vieja.

—¿Cuántos novios tuviste o con cuántos chicos saliste?

—No tuve. Sos el primero.

—Germán dijo que andabas con un chico.

—Tu amigo es un pelotudo.

—¿Por contarme la verdad?

—Porque es un mete púas. Los mete púas, los que hablan sin saber y se la pasan inventando cosas feas de los demás, son malas personas. Ni él ni la tarada de la hermana saben con quién salgo o no salgo. Ese flor de boludo que tenés de consejero con el único que me pudo ver es con Luciano. Es muy amigo mío y de Caro. Y entre Caro, vos y yo, se queda con vos.

—¿Es gay?

—No te voy a contestar. Mañana te lo presento.

Al día siguiente, conocí a Luciano.

Cuando vi a Germán en la facultad le dije:

—Vos y tu hermana son dos pelotudos. Andate a cagar y decile a tu hermana que se meta la lengua en el culo.

La presentación

A los dos meses de noviazgo, dijo:

—Mis viejos te quieren conocer.

Eran muy simpáticos. Alfredo, el padre, era canoso y fachero, con una gran cultura.

Ernestina, la madre, debía haber sido una mujer muy hermosa en su juventud.

Los dos eran de mayor edad de la que había imaginado. No podían tener menos de cincuenta largos, casi sesentones.

Nos sentamos en una larga mesa ocupando solo parte de la cabecera. Me sentía cómodo. Ellos me hacían sentir así. Se notaba que era gente acostumbrada a las reuniones.

Delmira nos servía. Era gorda, con sonrisa fácil y buena dentadura. Trabajaba en la casa desde treinta años atrás.

—Mi papá la compró en el Congo. Estaba en oferta y la trajo. Delmi es nuestra esclava.

—Callate, macaneadora —dijo Delmira.

—Mirá cómo se retoba y me falta el respeto. A estas negras hay que darles unos latigazos para que aprendan a obedecer al amo.

—Yo soy negra y uruguaya a mucha honra. Vos sos una rubia con cara de haber estado en remojo en un balde con lavandina.

—¡Ahora, sí! ¡Papá, castigue!

Alfredo y Ernestina estaban muy sonrientes.

—Sí, don Alfredo. Dele a esta malcriada con el cinturón y del lado de la hebilla —dijo Delmira.

La tironeó suavemente las orejas.

—¡Soltame las orejas! Te dije que no me gusta.

—Mi chiquita... ¿Vio qué bonita es?

Afirmé con la cabeza.

—¿Sabés que Delmira revuelve la polenta con las tetas? No sé cómo no se quema.

Nos hizo reír a todos.

—Es así desde que se levanta hasta que se duerme. Después, no me vengas con reclamos. Yo te advertí —dijo el padre.

Era cierto lo que decía Alfredo: Yuli todo el tiempo bromeaba y era completamente desfachatada.

No tenía el menor problema de entrar a un negocio de la calle Florida hablando en inglés y, de pronto, decir: «¿Estás en pedo? ¿Me querés chorear porque te creés que soy turista?»

—Yuli es la luz de esta casa —dijo Delmira mientras caminaba para la cocina.

—Como te das cuenta, si alguien le hiciera mal a Yuli, tendría que vérselas con Delmira. Y conmigo —dijo Ernestina.

Alfredo sonrió y siguió comiendo. Era un tipo piola.

Sin duda que la frase era una advertencia dirigida a mí.

No hacía falta nada más para saber dos cosas sobre Yuli: era una chica muy querida y una de esas niñas mimadas a las que nunca les pasa nada más grave que romperse una uña.

Ella tenía ángel y buen humor. También era cierto que tenía un tornillo suelto en la cabeza. Pero estando con ella me sentía mejor que nunca. Me había enamorado como un loco.

La repisa

Terminamos de comer. Yuli me dijo:

—Vení, te voy a mostrar la casa. Si te llegás a ir sin ver todo, mi papá no duerme esta noche. Compró el dúplex para la familia, lo refaccionó completo y lo decoró.

Recorrimos la parte baja.

Alfredo había cuidado hasta los mínimos detalles.

Todo era de muy buen gusto.

En la parte superior estaban los dormitorios principales y los de visitas.

Dos cuartos muy amplios habían sido ideados para que Alfredo y Ernestina tuvieran un lugar propio donde cada uno pudiera aislarse y mantener su privacidad.

Yuli me mostró el cuarto de Alfredo. Me contó el origen de unas máscaras africanas y la historia del tablero de dibujo que el padre ubicó cerca de una ventana.

En la de Ernestina, la puerta estaba entreabierta, la empujé y entré sin permiso.

—Salí. A mi mamá no le gusta que entren a ese cuarto.

—Es muy bonito.

—Sí. Apurate, mis viejos esperan para tomar el café.

Me quedé mirando las fotografías que llenaban una antigua vitrina. En varias, se los veía a Alfredo y Ernestina, muy jóvenes, parecían estar recién casados.

Había fotos de los que debían ser los abuelos y muchísimas de Yuli a distintas edades.

—Dale, apurate. Mi viejo se pone ansioso —insistió Yuli.

—Qué linda saliste en esta.

No me contestó.

Me di cuenta de que le molestaba que anduviera husmeando en la habitación de Ernestina.

Ya iba a salir del cuarto cuando advertí una media docena de fotografías en viejos portarretratos con marcos de plata.

Sobre una mesa alta y angosta, puesta contra la pared, esas fotos parecían formar un sitio aparte, distinto.

Vi a Ernestina, como de veinticinco años, sonriendo con una beba en brazos.

Vi a Alfredo y Ernestina mirando cómo una nena de cabello castaño apagaba las seis velitas de su torta de cumpleaños.

La nena tenía la cara pálida y los ojos con ojeras.

Me di vuelta mirando a Yuli. Estaba apoyada en el marco de la puerta. Tenía la cabeza gacha.

Con la voz triste, dijo:

—Esa es Eleonora.

Un encuentro con Varenka

El viejo

—Hola. ¿Sos el novio de Madi?

—Sí.

Me tomó de sorpresa. Estaba leyendo una novela.

—Soy Varenka. ¿Cómo estás?

Se inclinó dándome un beso en la mejilla.

—Madi me dijo que te habló de mí.

Titubeé.

—Sí, claro —mentí, no sabía quién era.

—Me pidió que te dijera algo.

—Sentate.

Estábamos en el bar frente a mi trabajo, en la mesa junto a la ventana, donde me siento todos los días.

—Tenés un poco de acento extranjero. ¿Dónde naciste?

—Es raro que Madi no te lo dijera. Nací en Ekaterimburgo, es una ciudad de Rusia, a orillas del Iset. Vine a los diez años con mis padres.

El mozo se paró junto a la mesa.

Pedí otro café para mí y uno para ella.

Varenka era pelirroja, con una linda cara pecosa y enormes ojos azules.

Esperando que el mozo trajera el pedido, hablamos de su llegada a Argentina y de su trabajo como traductora.

Después que el mozo dejó los pocillos de café, pregunté:

—¿Qué tenés para decirme?

Como si le costara decir lo que debía contarme y quisiera sacarse el peso de encima cuanto antes, dijo:

—Te lo digo rápido: Madi te dejó. Se va a Uruguay con Manuel. Pasan el fin de semana allá.

Quedé congelado.

Hacía dos meses que me había puesto de novio con Madi.

—¿Quién es Manuel? —pregunté. Mi voz sonó ahogada.

—Es un viejo amante de Madi. Salieron cuando ella tenía diecisiete. Estaba loca por él. La mujer se enteró, la fue a buscar y le dio una paliza en medio de la calle. Manuel la dejó. Ella se deprimió y terminó sacándose el bebé.

—¿La dejó estando embarazada?

—Para mí, ese viejo es una basura. No entiendo cómo Madi pudo volver con él. El viejo se separó, la llamó y esta pelotuda salió corriendo a buscarlo.

—¿Por qué le decís viejo? ¿Cuántos años tiene?

—Tenía cincuenta cuando salió con Madi. Pasaron doce años, así que debe andar en los sesenta y cuatro.

—Es viejo para Madi. Le lleva treinta y cinco años.

—Lo que te dije. Manuel es un viejo degenerado. Él la inició en el sexo grupal cuando la llevó a Brasil.

¿Hablaba de Madi? ¿La chica que yo conocía?

—Perdóname. Me fui de boca. No quiero lastimarte más de lo que ya estás. Veo que no sabías nada.

—Nunca se conoce del todo a alguien.

Afirmó con la cabeza.

—Madi siempre fue muy inestable, pero creo que con vos intento cambiar. Me dijo que se estaba esforzando por quererte.

¿Se esforzaba por quererme?

—Me consta que trató de ser una buena novia. Eras el hombre ideal para sacarla de esa mierda en la que siempre anduvo metida. Te juro que es así. Mirá que yo la conozco desde que salió de rehabilitación y nunca la vi tan tranquila como estando en pareja con vos.

—¿Estuvo en tratamiento?

Se echó para atrás en la silla.

—¿No te contó?

Se mordió el labio meneando la cabeza.

—Debe haberle dado vergüenza. Ya viste cómo es. No tiene ningún problema en que le saquen fotos desnuda ni que la graben teniendo sexo, pero en otras cosas es rara, no sé qué decir. Siento que estoy metiendo la pata.

—Al contrario. Contame todo.

Pareció dudar.

Demoró en hablar. Luego, dijo:

—Está bien. ¿Me pedís otro café?

El escarbadiente

—Le pasa a muchos. Tuvo problemas de anorexia y bulimia. Fumaba porros, consumía coca. En una orgía en casa de Ángel, tomó una sobredosis y entró en coma. Después que se salvó, un juez intervino y la mandó a una quinta de rehabilitación para que se tratara. Estuvo dos años internada.

—¿Quién es Ángel?

—Otra basura. El que le vendía la droga. Si Madi andaba sin guita, se la daba si se acostaba con tipos.

—¿La hacía trabajar? ¿Madi cobraba por sexo?

—Sí. Eso fue antes que yo la conociera. Cuando la conocí ella tenía veinte.

Tomó un poco de café.

—Al salir de rehabilitación estaba más flaca que un escarbadiente. Le costó recuperarse. Viviana la ayudó mucho. Pintar y las artesanías le sirvieron para rescatarse.

—No sé quién es Viviana.

—¿Tampoco te contó de Viviana?

—No.

Me miró con lástima.

—Hasta acá llego. Olvidate.

—Quiero que me cuentes todo.

—¿Estás seguro?

—Es muy importante para mí saber cómo es ella realmente.

—Dejalo así. Ya es demasiado. A lo mejor, algún día, la encontrás y que te cuente ella.

—Quiero que me cuentes vos. Me doy cuenta de que sos una buena chica, distinta a Madi. Me siento como si hubiera estado enamorado de un espejismo.

—Te entiendo. A mí me pasó lo mismo con Charly. Pero no viene al caso. Preguntaste por Viviana.

—Sí.

—Madi y Viviana eran muy amigas. Muy.

—Sí, eran amigas. ¿Y qué hay con eso?

—Te lo digo y bancatela, vos lo pediste. Madi perdió la virginidad con Viviana. Con el dedo. ¿Entendés? Viviana es lesbi.

—¿Me estás jodiendo?

Se puso muy seria.

—¿Creés que puedo estar tomando en broma esto?

—Fue una forma de decir. ¿Madi se acostaba con Viviana?

—Lo lamento.

—Contame todo lo que sepas.

—Viviana la sedujo. Madi era pendejita. A los trece años no se está segura de nada. Viviana era amiga de la madre y pasaba mucho tiempo en la casa. Una tarde, Viviana y Madi se quedaron solas y ahí se dio.

—¿Amiga de la madre? ¿Qué edad tiene?

—Unos cincuenta y cinco. A Madi le gustan los viejos. Debe ser por eso que le pasó con el padre. Esas cosas te joden la vida.

El padre era un hijo de puta. Bien que hizo la madre de Madi de cortarle la cara.

—¿Hizo eso?

—Mateo, perdoname, pero si tampoco te contó que la madre estuvo presa por intento de homicidio, no sé qué clase de relación pudieron tener ustedes.

—Es lo que me estoy preguntando.

—Yo nunca me imaginé que ignorabas todo sobre la vida de Madi. Ni siquiera me avisó que te ocultaba todo. Creí que vos la conocías bien y la aceptabas como es. Pensé que eras un tipo de mente abierta y no te importaba su pasado. Te doy mi palabra que si hubiera sabido que Madi se guardó todo, no venía. Me siento muy mal. Te hice mierda sin querer.

—No voy a engañarte. Estoy destrozado, pero lo prefiero a vivir con una mentira.

—Sos un buen tipo. Estoy segura de que te apreció bastante, a pesar de que no se llevaran bien en el sexo.

—¿Dijo eso?

Miró por la ventana. Volvió a mirarme.

—No. Eso se me ocurrió a mí. Una boludez que dije.

—Sabés bien que lo dijo ella.

—Hasta acá llegamos. Si querés saber más, encontrate con Madi y que te lo cuente. No me gusta lo que estoy haciendo. Es muy feo.

Se puso de pie de golpe. Tomó su bolso.

—¿Te vas? —alcancé a decir.

No me respondió. Fue hacia la puerta. Se detuvo. Giró.

Volvió a sentarse. Sacó el celular.

—Llamala. Mandala a la mierda. Se lo merece. Es una guacha. Siento que me usó. Te lastimé de gusto. Ahora no me importa nada de nada. Si querés saber todo, enterate que te metió los cuernos y se acostó con tu amigo Gonzalo.

—¿Con Gonzalo?

Se la veía desencajada. Afirmó con la cabeza.

Marcó el número. Me pasó el celular.

—¿Qué haces, loca? —dijo Madi.

—Soy yo.

Se quedó en silencio.

—Me mentiste en todo. ¡Sos una hija de puta!

Quería seguir diciéndole muchas más cosas.

No pude. Varenka me quitó el teléfono de la mano.

—Nos vemos en un rato —le dijo a Madi.

Se puso de pie. Marcó un número. Sonó mi celular.

—Es un mensaje. Me lo envió Madi antes de que me encontrara con vos.

El mensaje decía:

«Si creés todos los inventos de Carolina, sos un pelotudo. ¿Cómo podés pensar que yo sea así? No quiero volver a verte».

—Carolina soy yo. Madi es muy insegura. Pone a prueba a todos sus novios. Vos te fuiste a la lona.

No me dio tiempo a nada.

Sin acento ruso, dijo:

—Que te sirva de lección: nunca le hagas caso a lo que una mujer te diga de otra mujer. Y tenés que reconocer que soy muy buena para mentir. Medio que exageré, pero me di máquina y no podía parar.

Abrió la puerta del bar y, sosteniéndola, dijo:

—Che, ¿viste qué bien me sale la rusa? Yo tendría que haber sido actriz. ¿No te parece?

Se fue apurada.

Cruzó la calle.

Subió a un taxi.

Un encuentro con Francina

El almuerzo

Estaba comiendo en la barra de un restaurante de la calle Corrientes. La chica se sentó a mi lado. No aparentaba más de veintidós años. Tenía el pelo corto y oscuro; una cara bonita y pálida, con labios rojizos y sensuales.

Señaló con el dedo. Quería la carta del menú.

La abrió. La miró con rapidez y me dijo:

—Me olvidé los anteojos. ¿Me leés las ensaladas que hay?

Se las leí.

—Me leés las tres primeras. Me olvidé de qué son.

Le leí todas otra vez.

El mozo del mostrador se acercó.

—Quiero una ensalada de chauchas, zanahorias y huevos.

—No hay chauchas —le respondió el mozo.

—¿Qué ensaladas hay?

El mozo le nombró todas las ensaladas.

Ella lo miró y dijo:

—Deme una milanesa con papas fritas.

Estuve a punto de reírme.

Busco en el bolso su teléfono celular. Volvió a guardarlo.

—¿Me prestás tu celu? Tengo que hacer una llamada.

Se lo di.

Habló con Malena. Le contó que Katia y Fran no seguirían trabajando juntos. Fran andaba con otra. Katia se enteró.

No dejó de hablar hasta que le trajeron la milanesa.

—Gracias —me dijo.

—De nada. ¿Tu teléfono se quedó sin batería?

—No. Me queda poca y no quiero gastarla.

—Dejaste el mío casi sin batería.

—En el quiosco de al lado te lo cargan.

—¿Por qué no cargaste el tuyo?

—Porque no tengo plata.

—¿Y con qué vas a pagar la comida?

Se metió un bocado en la boca.

No contestó hasta terminar de tragarlo. Dijo:

—Voy a salir corriendo.

Las acrobacias

—Vos leés mucho, ¿no? —me preguntó.

—Sí. Bastante.

—Me doy cuenta porque leés hasta comiendo.

—Muchos leen mientras comen.

—Yo no. Cuando como, como. Hago una cosa por vez. Si se me diera por hacer dos, se me mezclan.

Sonreí.

—¿Te gusta leer?

—Revistas de chimentos. Libros no leí nunca.

—¿Tampoco los de la escuela?

—No fui a la escuela. Mejor dicho, sí fui. Pero no duraba mucho en ninguna. Unas semanas y tenía que ir a otra. Me tomaban un examen a fin de año y pasaba de grado.

—¿Por qué no fuiste a una escuela como la mayoría?

—Conocí a mucha gente que nunca fue. Son muy pobres.

—Eras pobre.

—Sigo pobre.

—Por eso no fuiste.

—No. Porque nunca estábamos en el mismo lugar.

—Tus viejos viajaban.

—Todo el tiempo.

—¿A qué se dedican?

—Son trapecistas. Yo también.

—¿De verdad trabajás en un circo?

—Nací en un circo. Pero no hago trapecio hasta que se vaya Fran o yo cambie de circo.

—¿Por qué?

—Me caí. Reboté en la red y pegué con la cabeza contra el suelo. Di una voltereta y media y el repelotudo de Fran no me atrapó. Dijo que me resbalé. Mentira. Le transpiraban las manos porque se puso poco polvo.

—¿Te lastimaste mucho?

—Un poco. Ya era tarada y, con el golpe, quedé más tarada. Pero tengo la cabeza dura como un coco. ¿Viste lo que cuesta romper un coco? Mi vieja nunca había comido un coco y quería probar porque, de chica, había visto las películas de Tarzán y comían cocos. No podía partirlo. Llegó mi viejo. Agarró el coco y lo puso abajo de la pata del elefante. Mi vieja no le habló por una semana. El coco quedó chato.

Me reí.

—¿Ellos trabajan con vos?

—No. Están de gira. Hace tres años que se fueron. ¿Te gusta el circo?

—Bastante. Fui cuando era chico.

—¿Cuándo fuiste por última vez al cine?

—El sábado pasado.

—En conclusión: el circo no te gusta. Yo soy Francina y vos, ¿quién vendrías a ser?

—Felipe.

—Como el amigo de Mafalda. Pero vos no sos dientudo.

—¿Te gusta leer Mafalda?

—No. Leí algo en un baño. Se olvidaron uno de esos libritos. Me gustaron Felipe y Manolito. Ella es muy complicada. La vida no es para andar pensando tanto.

—Mafalda vive preocupada por lo que pasa. Hay demasiados problemas en el mundo.

—La gente crea los problemas y se complica la vida con lo que crearon. La gente es como Mafalda. En vez de pelar la naranja y comérsela contenta, se pone a pensar que es redonda y porque la Tierra es redonda, Colón llegó a América y empezó el sufrimiento de los indios. Yo me subo al trapecio, me tiro y no pienso en la ley de gravedad. Me caigo. Me sale un chichón. Y me vuelvo a tirar.

Terminó de comer.

Se limpió la boca con una servilleta de papel. Dijo:

—Muy rico todo. Que te vaya lindo.

Salió corriendo.

Los mocasines

—¡Felipe! —me gritó de una vereda a la otra.

Era fácil reconocerla. No se parecía a nadie. Esta vez, usaba pantalones negros, mocasines celestes, una campera roja y una boina tipo Che. Crucé la calle Santa Fe.

—Hola, Francina —le dije.

Me abrazó como si fuera mi novia.

—Estás más bonito que el mes pasado. El tiempo te mejora. Dicen que mejora los vinos. No sé a cuáles. Los que tomo yo se hacen vinagre.

Me agarró del brazo y comenzó a caminar.

—¿Volviste a trabajar en el circo?

—No en el que estaba. Me contrataron en el Roma. Salimos de gira por las provincias pasado mañana. ¿Querés venir? Te podés encargar de limpiar las cagadas de los monos.

—Gracias. Ya tengo trabajo.

—Es un chiste. No hay monos. Es un circo sin animales, como casi todos ahora. Antes, jugaba con los monos y podía ver cómo un tigre le arrancaba un pedazo de brazo al domador. Ahora, es más aburrido y falta esa emoción.

—¿Perdió el brazo?

—No, lo encontró en la boca del tigre. Un poco masticado.

Me reí.

—A vos te gusta lo truculento. Te reís de la desgracia ajena. ¿Sabés por qué a la gente le gustan los trapecistas?

—¿Por?

—Porque están esperando que se caigan.

Algo de razón tenía.

—Che, no me contaste de qué trabajás.

—Doy clases de literatura en una escuela secundaria. Como no me alcanza el sueldo de profesor, trabajo como productor publicitario en una agencia.

—Hace tres años, cuando yo tenía dieciocho, un tipo de una agencia fue al circo. Me ofreció una buena plata para sacarme fotos desnuda en el trapecio.

—¿Aceptaste?

—Claro.

—¿Viste las fotos?

—Sí. Salí divina. Sobre todo, en una que vuelo desnuda. Las vendió a varias revistas europeas y las subió a páginas de internet. Cuando me acuerde las direcciones de las páginas, te las doy, así me ves en pelotas. Se dedica a eso. Me ofreció hacer un video porno.

—A tanto no llegaste.

—Sí, cómo no. ¿Sos medio moralista? ¿Qué tiene de malo? ¿Sabés que el negro parecía andar con bastón?

Soltó una carcajada.

—Estuvo muy bueno. La cagada fue que mis viejos todavía estaban acá y se enteraron. Tulo, un viejo boludo que está todo el día al pedo, les contó. Mi viejo me pegó un sopapo que me aflojó una muela. Me cortó la carrera de actriz porno. ¿Te gustan esos zapatos?

Señaló una vidriera. Entramos a la zapatería.

Pasó muchísimo tiempo probándose.

El vendedor iba y venía con las cajas.

Había entrado bastante gente y el vendedor le dijo:

—Bueno, ¿se decide por alguno?

—¡Ah, no! ¡A mí nadie me trata así! ¿Qué se cree? ¿Piensa que le estoy haciendo perder el tiempo? Si entro es para comprar. Pensaba llevarme las botas marrones con hebilla dorada y estos zapatos. ¡Tome, métaselos en el culo!

Con un gesto ofuscado, salió caminando con largos pasos.

En la calle, me tomó del brazo y caminó muy rápido. Dobló en la esquina. Miró para atrás. Disminuyó el paso.

—Me revientan estos tipos guarangos. Tengo hambre. Vamos a comer unos tostados —dijo.

—Bueno. Esta vez no va a ser necesario que salgas corriendo. Yo pago. También, te pagué la milanesa.

—Qué caballero.

Me dio un beso en la mejilla.

—Hubieras dicho que no me conocías. No habrías mentido y hoy tendrías más plata. Así nunca vas a llegar a ser millonario. ¿Sabés cómo se llega a millonario?

—¿Cómo?

—Cagando gente.

—Hay otras maneras de ganar plata.

—Pero no de hacerse rico, rico. Como esos ricos que tienen aviones privados. Esos tipos cagaron más gente que otros, por eso tienen más plata. Le ponen la pata encima a los negros, a los laburantes, a los amigos. Meten miedo a las enfermedades para vender remedios. Explota una bomba y hace mierda una ciudad. Mueren chicos, viejos, mujeres, enfermos. Les importa un carajo. Lo único que les importa es que la bomba explotó. Ellos son dueños de la fábrica donde hicieron la bomba. Van a vender más. Dan buen resultado.

Lo que había dicho era irrebatible.

En el bar, me tomó de la mano.

—Vos tenés como treinta y cinco años.

—Veintiocho.

—Estás hecho mierda.

Se sonrió.

—No te enculés. Es mentira. Estás fuerte. ¿Qué te parezco?

—Muy linda.

—Ya sé. ¿Me miraste el culo?

—Más o menos.

—¿Me miraste el culo o no?

—Sí, un poco.

—¿Te gusta mi culo?

—Sí.

—Ahora, ya sé para lo que me querés. Vas a usarme y tirarme por ahí. Seguro que nunca te casarías conmigo.

Hice un gesto con el que no quise decir nada.

—Tranqui, flaco. Es en joda. Un profesor como vos, no se casa con una trapecista de circo.

—¿Qué tiene que ver lo que cada uno haga?

—Mucho. Te daría vergüenza estar conmigo. Me presentás a un amigo. Hablan de libros. Tu amigo me pregunta: «¿Qué opinás de *Martín Fierro*?». Le contesto: «No lo conozco. Con Martín no me acosté».

Me reí.

—Con esa risa, podés hacer extras como reidor.

—No sirvo para eso.

—Ya sé. Sos medio tímido. Y bueno, como el Felipe amigo de Mafalda. Pero cuidate, de bueno a boludo hay un paso.

Se levantó para ir al baño.

Recién entonces, me di cuenta de que no llevaba puestos los mocasines celestes.

Tenía puestas unas costosas botitas de cuero negro.

El argumento

—A la zapatería entraste con mocasines celestes y saliste con botas negras.

—Se les dice botitas porque apenas llegan más arriba del tobillo. No tienen caña larga como las botas.

—Sí, ya sé que son botitas. Te las robaste.

—No, señor. Las cambié por los zapatos.

—Esos zapatos eran horribles y estaban muy gastados.

—Si hubieran sido zapatos nuevos y lindos, no se los voy a dar a ese tarado del vendedor. Cambiando de tema, ¿sos casado o tenés novia?

—No tengo novia. Estuve casado un año y me separé. Tengo un hijo. Se llama Bautista y tiene tres años.

—Lindo nombre. ¿Lo ves seguido?

—Todas las semanas. Por él, tengo dos trabajos.

—En serio que sos bueno. ¿Con quién vivís?

—Solo.

—Esta noche duermo con vos.

El cuchillo

Francina era distinta a todas las mujeres con las que había tenido relaciones sexuales.

Nunca había estado con una acróbata. Era extremadamente ágil y cambiaba con facilidad de posición.

En todo momento, ella tenía el control.

Todo lo que me quedaba era seguirla en lo que hacía.

A la mañana vacilé al irme. No sabía si debía dejarla sola en el departamento. Pero, ¿por qué no?

Me fui y la dejé durmiendo.

Le escribí una nota.

A la tarde nos encontramos en un bar de Santa Fe y Callao.

Llevaba puesta una de mis camisas, con el botón del cuello desprendido, una corbata sin ajustar el nudo y uno de mis sacos, grande para su talla, pero le quedaba bien.

Parecía que cualquier cosa que se pusiera iba a lucir en ella.

Me acompañó al Ateneo a comprar un libro.

—Nunca entré a una librería. Esta es enorme. ¿Acá había un cine, no? Hay muchos libros. ¿Cuántos libros hay en el mundo?

Era una buena pregunta. Me detuve a hojear *El hombre sin atributos*, de Robert Musil.

—¿Vas a comprar ese?

—De vez en cuando, lo hojeo. Lo leí en la biblioteca. Es caro. Algún día, lo voy a comprar.

—No entiendo para qué lo querés, si ya lo leíste.

—Quiero tenerlo. A muchos libros los leo más de una vez.

—Vos cuidás los libros como otros cuidan el coche.

—Compro este otro. Vamos al bar de acá a tomar un café.

—Bueno. Esperame, voy al baño.

Un rato después, se sentó a mi lado.

—¿De qué se trata el libro que compraste?

—Es una antología de poemas.

—Seguro que escribís poesías.

—Un poco.

—Decime una.

Me negué. Insistió. Se la dije. Siempre me había parecido un poema bastante mediocre.

La miré. Se le caían las lágrimas.

—Es muy hermosa —dijo.

Nadie me había hecho un mejor elogio.

Sentí la necesidad de abrazarla, pero me contuve.

—Secate las lágrimas. Van a pensar que te maltrato.

—Nadie me trató mejor que vos.

Me sentí desconcertado.

Cada cosa que Francina hacía me sacaba de lo que era habitual en mí.

Fuimos a mi casa. Pedimos pizza y empanadas a un delivery. La casa estaba muy ordenada.

Había cambiado las sábanas, lavado la ropa y limpiado los dos cuartos.

—No tenías que hacer esto —dije.

—Crecí en un carromato y en una casa rodante. Si estoy en una casa como esta, dejame que pueda verla linda.

Tocaron el timbre. Bajé a buscar la pizza.

Al volver, Francina había puesto manteles individuales, platos, cubiertos, vasos y servilletas de papel en la mesa.

Yo hubiera comido la pizza y las empanadas con la mano.

Entendí que ella valoraba todo lo que tuviera que ver con la vida en una casa.

—Si viviera con vos, llenaría la casa con plantas. Ahí, en la ventana, pondría unas que den flores en la primavera. A esa pared la pintaría color limón y aquella, marrón tierra seca.

Nos sentamos a comer. Ella se encargó de servir.

Cortó la pizza con gran habilidad. Se lo hice notar.

—Bert, el lanzador de cuchillos, me enseñó cuando era chica. Puedo clavar a una araña a diez metros.

—Mostrame —le dije.

—En el marco —dijo.

Fue tan veloz que casi no vi el cuchillo en el aire.

Giré la cabeza.

El cuchillo estaba clavado en el marco de la puerta.

—Soy desmemoriada —dijo.

Se levantó de golpe. Tomó su bolso.

—Tengo una cosa para vos.

Puso sobre la mesa los dos tomos de *El hombre sin atributos*.

—Les falta una partecita de la contratapa. Le corté esa cosa que hace sonar la alarma cuando salís.

—¿Lo robaste?

Me miró sorprendida.

—Los libros no se roban. Pertenecen a todos. Como los árboles y las flores. Vos te acostumbraste a que unos sinvergüenzas ganen plata vendiéndolos. Por su culpa, vos no podías tener el libro. Ahora, vas a comer contento. ¿No?

La dormida

Cerca de las tres de la mañana, se dio por satisfecha.

Bajó de encima de mí y se acostó a mi lado.

—Mañana me voy con el circo —dijo.

No dije nada.

—¿Querés que me quede con vos?

Demoré en contestarle.

—Dijiste que tenías que irte —dije, finalmente.

Se puso boca abajo. Metió las manos bajo la almohada.

Se tapó con la sábana, suspiró y dijo:

—Sí.

Se quedó dormida muy rápido.

Yo, un poco después. Al día siguiente, tenía que dar clases y me quedaban pocas horas de sueño.

Era raro que me despertara demasiado temprano.

Todavía no había amanecido.

Francina no estaba.

Creí que había ido al baño. Traté de volver a dormir, pero me sentía despejado. Como si hubiera dormido muchas horas.

La esperé. Demoraba demasiado. Me levanté.

Hacía un poco de frío.

Se había ido.

Volví a la cama.

¿Por qué se fue?

Parecía haber estado a gusto.

¿Esperaba que le dijera que se quedara conmigo?

En definitiva, era una chica que estaba sola. Sus padres viajaban por el mundo sin importarles lo que le pasara. No tenía una casa ni amistades, que no fuera la gente del circo.

Tuve una sensación de abatimiento, de desolación.

Diría que hasta de cierta culpa.

Me despertó la alarma del reloj.

Eran las siete de la mañana, me había quedado dormido.

Empezaba la insoportable rutina de todos los días.

Eso había roto Francina: mi rutina.

De alguna manera, en las pocas horas que estuvimos juntos, ella hizo que mi vida saltara sobre los charcos.

Comencé a extrañarla. Dijo que se iba con el circo Roma.

Tarde o temprano, regresaría y volvería a verla.

Terminé de vestirme. Me preparé para salir.

Miré encima de la mesa.

Había una nota. Decía:

«Te dije: de bueno a boludo hay un solo paso».

De repente, fue como si me dieran un golpe en la cara.

Corrí a la cocina. Abrí el armario.

Busqué la lata de galletitas.

La abrí.

Caí sentado en una silla.

Francina se había robado mis ahorros, el dinero de mi billetera, el teléfono celular y la computadora portátil.

Fui a buscarla.

En el circo Roma, nadie la conocía.

Un encuentro con Lilen

El mensaje

«La angustia es más poderosa que el amor porque lo invade todo, lo controla todo, impide toda ilusión, desvanece todo destino. Se aferra, muerde, y duele».

Me escribió Lilen.

Publiqué un artículo sobre Kierkegaard en mi blog. Ella envió un mensaje. Le contesté de inmediato.

Era española.

Lilen: Cuando la angustia se te echa encima, no la quitas con tenazas ni con insultos. Es inmune a los tirones y las palabras. Luego, te acostumbras a llevarla como si fuera el único par de zapatos que tienes, que te quedan chicos y te provocan un dolor de pies

Conversábamos por chat.

Lilen: En una noche clara, prueba a levantar la cabeza y mirar las estrellas. En alguna, se encuentra el secreto para calmar la angustia. Solo tienes que encontrar la estrella y revelar el secreto. Dirás que no es tarea fácil. Es que no es tarea fácil vivir.

Fer: Entonces, no existe forma de combatir la angustia.

Lilen: Sí que puedes combatirla. Pero nunca derrotarla. Ella no te deja. Va y viene. Hace contigo lo que le apetece.

Fer: ¿Estudiaste filosofía?

Lilen: No es necesario ser filósofa para filosofar. Después de unas copas, muchos se convierten en filósofos.

Fer: Pensás con mucha profundidad. Vendrías a ser una moderna Hipatia.

Lilen: Hombre. Cómo se te ocurre. ¿Es que tú quieres que me desnuden, me asesinen y me corten en trozos como esos bestias hicieron con ella?

Fer: Podés ser graciosa cuando querés.

Lilen: El buen humor me sostiene colgada de la rama. Si lo perdiera, se rompería la rama y caería. Creo que es una buena hora para despedirnos.

Fer: Por mí, seguimos. Me interesa hablar con vos.

Lilen: Me gusta la manera en que hablan los argentinos. Vi muchas películas de tu país y noté que, en las más viejas, usaban el «tú» y, luego, lo abandonaron por el «vos»», que, como sabes, es una forma de pronombre que cayó en desuso por aquí desde siglos atrás.

Fer: En esas películas se usaba el «tú» porque se vendían en todo el mercado latinoamericano. Pero en la calle, la gente se trataba de «vos».

Lilen: Mira qué interesante. Ha sido un gusto conversar contigo. Buenas noches.

Fer: Me gustaría seguir hablando con vos. ¿Podés mañana, a esta misma hora?

Hubo una larga pausa.

Pensé que había salido del chat.

Lilen: Una hora antes. Es la medianoche en España. Tú estás como para cenar y yo como para dormir.

Había olvidado las cuatro horas de diferencia.

Fer: Claro. Vivo en Buenos Aires. Tengo treinta años. Soy separado y no tengo hijos. ¿De qué parte de España sos?

Hubo otra larga pausa.

Lilen: Cádiz. Pero no hablo de temas personales.

Fer: ¿Por qué no? Podés mentir a gusto. Todos mienten en los chats.

Lilen: Nunca miento. No creas que los andaluces somos mentirosos, vagos y analfabetos, como nos juzgan por aquí.

Fer: No se me ocurrió pensar eso. Rafael Alberti era andaluz y es una de las glorias literarias españolas.

Lilen: Estuvo exiliado en tu país hasta que murió Franco.

Fer: ¿Leés poesía?

Lilen: Creo que he pasado más tiempo leyendo que haciendo cualquier otra cosa.

Fer: ¿Escribís?

Una larga pausa.

Lilen: No. Solo leo. Si escribiera, lo haría sobre la arena, como lo hacía Jesús.

Hizo otra pausa, más breve que la anterior, y dijo:

—Me despido. Buenas noches y mejores días por venir.

La ansiedad

Al otro día, estaba impaciente por hablar con ella.

No conocía a ninguna otra mujer, ni a nadie, que hablara de esa manera. Eran profundas sus ideas; claras y bellas las palabras que usaba para expresarlas.

Fer: ¿Estás ahí?

Lilen: No tengo otro sitio dónde estar.

Fer: Siempre hay otros sitios.

Lilen: Soy como una planta en una maceta. La ubicas en un rincón de la casa y allí se queda.

Fer: Las plantas no salen a pasear. Me imagino que saldrás con amigas. ¿Sos casada?

Lilen: No me interesan los temas personales. Sin embargo, por darte una satisfacción, te diré que no estoy casada.

Fer: Entonces sos muy joven.

Lilen: Podría tener setenta años y ser una solterona.

Fer: No creo que seas como doña Rosita, la de Lorca. Debés tener entre treinta y cuarenta.

Lilen: Ni siquiera soy como doña Rosita.

Fer: No lo dudo. ¿Cuántos años tenés?

Lilen: Eres insistente. Una vez, vi por televisión que le preguntaban a la gente qué opinaba del tiempo que se pierde viajando al trabajo. Pensé que esa pregunta era una tontería. Luego, lo pensé mejor.Dime ¿sabes tú qué es el tiempo? ¿Es lo mismo el

tiempo para los Kawahiba, que caminan descalzos, usan arco y flecha y viven en medio de la selva amazónica, que para el ejecutivo de Wall Street, preocupado por la caída de la bolsa en Tokio? Para mí, el tiempo es algo quieto e inclinado sobre el que resbalamos. Preguntaste por mi edad. ¿Cómo la puedo saber? Apenas sé que resbalo.

Fer: Timeo de Tauromenio realizó un acto interesante: intervino en el tiempo. Decidió medirlo usando los juegos olímpicos, que se desarrollaban cada cuatro años, y creó uno de los métodos más antiguos para conocer históricamente la cronología de los hechos. ¿Cuántas olimpiadas viviste?

Lilen: Ese Timeo sí que tenía lo suyo. Siendo así, no es posible que me niegue a considerar seriamente su sistema. Mi edad son siete juegos olímpicos. Empezando por el de Japón, que ya estaba nacida y fresquita, muy vivita y bebiendo de la teta de mi madre. El último fue hace dos años.

Fer: ¿Veintiséis años? Por supuesto, años prosaicos.

Lilen: Sí. De tus años prosaicos. Sabes de matemáticas. Otro hubiera multiplicado siete por cuatro. Eres muy despierto.

Estaba sorprendido.

Creí que era mucho mayor.

Fer: No tanto. Sos una chica muy joven. Pero hablás como si tuvieras mucha más edad.

Lilen: Escribo lo que me dicta mi tía.

Fer: Es muy inteligente tu tía.

Lilen: Sí. Ella se la pasa leyendo. Es una experta en literatura inglesa. Sobre todo, de la obra de J.K Rowlings. Se ha leído cuatro veces cada libro de *Harry Potter*.

Su buen humor y su ironía se contradecían con sus ideas sobre la angustia. Necesitaba saber más sobre ella.

Di el primer paso.

Fer: Mido 1.72. Soy delgado, de pelo castaño. ¿Cómo sos?

Una larga pausa.

Lilen: Todos dicen que parezco la hermana melliza de Victoria Abril, cuando era joven. Ella, no yo. Y está un tanto pesada la bolsa. La voy a dejar.

Fer: ¿Soy una bolsa?

Lilen: ¿Tú? Tú eres un hombre. Creo.

Fer: ¿Querés que te mande una foto? ¿O hablamos por cam?

Hubo una pausa larguísima.

Al fin, escribió:

Lilen: No quiero saber cómo eres por fuera ni cómo suena tu voz. Prefiero imaginarte. Imagíname. Y nunca vuelvas a pedir lo que acabas de pedirme. Tú y yo nunca nos conoceremos. Todo lo que habrá entre nosotros serán unas palabras escritas.

Fer: Bien.

Contesté rápido y mintiendo.

Quería conocer su cara, su cuerpo y su voz.

Lilen: Hasta mañana. Buenos noches y mejores días.

Me había enamorado de ella.

El silbador

Fer: Hoy vendí un jarrón antiguo. Del siglo 19. Una legitima porcelana de Meissen, que es muy buscada por los coleccionistas. El comprador era un tipo gordo que sudaba todo el tiempo. Tomó el jarrón entre sus manos y me dijo: «En este momento soy feliz». ¿Ser feliz es tener lo que uno desea? ¿Tan fácil de conseguir es la felicidad que alcanza con un poco de dinero para comprar un jarrón?

Lilen: A veces, me pregunto si los pájaros son felices. Quizás lo sean. Quizás, no. Creo que solo les importa vivir. Vuelan, van y vienen. No se preguntan si son felices.

Fer: Yo sé cuándo dejé de ser feliz y cuándo volví a serlo.

Lilen: Dime.

Fer: Cuando murió mi padre, sentí un inmenso vacío. Él era como una pared en la que me apoyaba. Lo extraño. Extraño el olor del tabaco de sus cigarrillos, escucharlo silbando tangos. Extraño hablar con él.

Lilen: Háblale. Él te escucha. Te hablará, también. Y, poco a poco, aprenderás a escucharle.

Fer: ¿Perdiste a alguien que fuera muy importante para vos?

Lilen: Sí. A mí.

Fer: Mirá en qué momento se te ocurre hacer chistes.

Lilen: Me he desubicado. Perdóname.

¿Había hecho un chiste?

Fer: Estoy acostumbrado. Salís bien del paso con tus bromas.

Lilen: Te aseguro que yo no bromeo Es que tú no me tomas en serio. Mis palabras cruzan el océano para que tú aprietes una tecla y las borres como si nunca hubieran existido.

Fer: Conservo cada palabra. Todas son importantes para mí. Nunca borraría nada de lo que dijiste.

Lilen: Siendo así, me doy por conforme. Has dicho que sabes cuándo volviste a ser feliz. ¿Cuándo fue?

Fer: Cuando te conocí.

Hubo una larga pausa.

Muy larga, más que otras veces.

Fer: ¿Estás ahí?

Lilen: Sí. Buenas noches y mejores días por venir.

Salió del chat.

El paseo

Durante seis meses, chateé con Lilen todos los días. Era lo más importante que tenía para hacer: esperar que llegaran las siete de la tarde. Para ella, las once de la noche.

Dejaba a Lautaro, el empleado, a cargo del negocio hasta el cierre. Le dije que por ningún motivo me molestara.

Iba a mi escritorio a las seis y media de la tarde y jugaba solitarios hasta que se hacía la hora de conectarme.

Lilen: De niña, mi padre me llevaba de paseo. No había mucho para ver. Seguramente, estaba cansado de hacer lo que me gustaba, pero nunca se negó. Tal vez, sentía que no podía negarse. Todas las tardes, yo quería ver el faro. Ese momento en el que se encendía la luz y los barcos, confundidos por la oscuridad, veían, de repente, una guía que impediría que algo malo les pasara. Muchas veces, vi cómo los barcos abandonaban el mar y entraban al Guadalquivir esquivando la piedra Salmedina. Hace años que mi padre dejó de llevarme. Aunque sé que, todos los días, él aguarda que anochezca y el faro encienda su luz para seguir esa luz y venir hasta mí.

Fer: Es un hermoso recuerdo.

Lilen: Mis recuerdos siempre son hermosos, para mí. Los malos han desaparecido. Es cierto que, algunas veces, en mis sueños, pretenden regresar. Entonces, me despierto y los empujo lejos de mí con los bellos momentos que viví.

Fer: Todo en vos suena a poesía. Eso sos: poesía.

Lilen: Mira que soy crédula y voy a creerte.

Fer: Creeme.

Lilen: Todo el tiempo exageras. Hablando sobre mí, exageras. Usando tu tiempo en mí, exageras. Debieras emplearlo en ir al cine, a pasear con chicas, a mirar el fútbol.

Fer: Mi tiempo mejor empleado es chatear con vos.

Lilen: Dime, si tuvieras esa lámpara que encontró el pillo de Aladino. ¿Qué deseo pedirías?

Fer: Besarte.

Demoró en responder.

Lilen: Bésame.

Fer: Te beso en los labios.

Otra vez, tardó en contestarme.

Lilen: Siento tus labios, el calor de tu boca.

Fer: Quiero tocarte.

Lilen: Tócame.

Fer: Quiero sacarte la ropa.

Lilen: Desnúdame.

Fer: Beso y toco tu cuerpo, lentamente.

Lilen: Siento tu boca y tus manos dándome placer.

Fer: Comienzo a excitarme.

Lilen: No te detengas hasta que te corras en mí.

El jarrón

Fer: Pasé la noche pensando en vos.

Lilen: Cumpliste tu deseo.

Fer: No. Mi deseo es estar con vos.

Lilen: Lo estás, ahora.

Fer: Verte. Estar juntos. Mirarnos a la cara. Llevamos meses así. Voy a ir a España para que nos conozcamos en persona.

Una pausa.

Lilen: Ayer.

Otra pausa. «Ayer». No siguió la frase.

Fer: ¿Seguís ahí o se cortó internet.

Lilen: Sigo aquí. Querido amigo, en estos meses me has dado tanta vida que no tenía. Tanta como no podrías saber aunque vivieras mil y un años. Te aprecio mucho.

Fer: Yo te quiero.

Una larga pausa.

Fer: Te dije que te quiero.

Lilen: No puedes querer a quien no conoces. Solamente soy unas letras que ves en una pantalla. Una mujer que imaginas y nada más en tu imaginación existe. No soy más que eso. Basta con que dejes de imaginarme y habré desaparecido de tu vida.

Fer: Sos lo único que me importa. Voy a ir a Cádiz y tocaré cada puerta de la ciudad hasta que te encuentre.

Lilen: Quise decírtelo ayer. Me faltó valor. Hoy lo tengo. No puedo continuar chateando contigo.

Fer: ¿Qué pasa? ¿Fue por lo que pasó anoche?

Lilen: No. Todo lo contrario. Me sentí muy feliz haciendo que fueras feliz. Tuviste tu jarrón.

Fer: No es así. Fue muy importante para mí.

Lilen: Y para mí. Más de lo que tú puedas imaginar. Pero no puedo seguir con esto. Ya no.

Fer: ¿Por qué?

Lilen: Ya no. Buenas noches y mejores días por venir.

El fantasma

Al día siguiente, a la hora de siempre, me conecté. Lilen no estaba. Le envié un mensaje a su correo. Lo había cerrado. Igual que había aparecido, desaparecía de mi vida.

Sentí un vacío en mi interior como solo lo sentí con la muerte de mi padre.

Muy pocas veces había hablado de mis asuntos personales con Lautaro, mi empleado en la casa de antigüedades, que me dejó en herencia mi padre.

Lautaro había entrado a trabajar a los veinte años.

De ayudar en la limpieza y acomodar la mercadería, se convirtió en un experto en arte.

Tiene sesenta años y creo que el negocio le importa más a él que a mí.

—En una vieja película con Gene Tierney, la señora Muir se enamora de un fantasma. El fantasma hace lo que solo alguien que ama mucho puede hacer: se aleja. Le habla mientras ella está dormida y le dice que lo olvide, lo borre de su mente. Así, la señora Muir, al despertar, no recuerda al fantasma y consigue vivir su vida. La señora Muir quería algo imposible: amar y ser amada por un fantasma —dijo.

—Lilen no es un fantasma.

—Como si lo fuera. ¿Qué sabés de ella? Lo que te contó. ¿Es cierto? ¿Te mintió? ¿Estás seguro de que se llama Lilen? Me

decís que vive en Cádiz. ¿En la ciudad o en la provincia? Si fueras, ¿pensás buscarla por todos los pueblos de Andalucía? Ni siquiera sabés cómo es físicamente.

—Dijo que era igual a Victoria Abril, cuando era joven.

—¿Qué edad tiene Lilen?

—Veintiséis o veintisiete.

—¿Y si tiene mi edad?

—Me enamoré de ella. No sé cómo explicarte. No de ella. No de su cuerpo o de su edad. No importa eso. Estoy enamorado de lo que es. No de su cuerpo o de la edad que tiene.

—De su alma

—Sí.

— Sos el señor Muir.

—¿Por qué tiene que haber mentido?

—¿Por qué tiene que haber dicho la verdad?

—No tenía nada que perder.

—El marido.

—¿Decís que es casada?

—Por supuesto que es casada.

—Estás muy seguro.

—De lo que estoy seguro es que esta historia llegó al final. Ella le puso fin. Dale, andá por ahí y buscate una chica de carne y hueso. Con alma, si es posible.

Me quedé en silencio.

Lautaro dio un golpe con la mano sobre el escritorio.

—Vamos, Fernando. Usá un poco de tu lógica. No sabés cómo se llama realmente. Desconocés el apellido, el sitio dónde vive, si es verdad que se parece a Victoria Abril, si vive en la ciudad de Cádiz. Puede ser que te sirva alguna cosa que te contó de la que estés por completo seguro de que sea cierta. ¿Nombró otro sitio además de Cádiz?

Pensé.

—Habló del Guadalquivir.

—Cruza la provincia.

—No sé. Me contó de un faro que su padre la llevaba a ver. Dijo que el faro impedía que los barcos evitaran una piedra. La llamó «piedra». Guardé todo lo que hablamos, me fijo en el chat y te digo el nombre.

—La Piedra Salmedina.

Me dejó mudo.

—El faro es el más alto de España y uno de los más famosos del mundo. Fue ubicado ahí para que los barcos que llegan del mar puedan entrar al Guadalquivir sin chocar con un arrecife al que llaman Piedra Salmedina —dijo Lautaro.

—¿Cómo sabés eso?

—Fui once veces a España a visitar a los parientes de Alile. Ya conocés la historia de todos ellos, cómo llegaron a Granada y todo ese asunto un poco raro con el tío Arturo. En uno de los viajes, recorrimos Cádiz. Me hablaron del faro. Fui a verlo. Había playas, pero era invierno. Caminé un poco y me subí al coche que

alquilé. Alile ni quiso bajar. Dijo que se iba a congelar. Faltaban unas horas para que anocheciera. Ni siquiera vimos cómo se encendía la luz.

—Es casi increíble que hayas estado frente al faro del que ella me habló. Es increíble que me preguntaras si nombró otros lugares aparte de Cádiz y que yo te lo mencionara.

—No es tan increíble. Hay una causa para que haya sido así. ¿Sabés cuál fue la verdadera causa por la que fui a ver el faro?

—No.

—Porque quince años después, el hijo de un hombre al que respeté y estimé mucho, se enamoraría de una muchacha que vivía en el pueblo donde está el faro. Ahora sabés dónde encontrarla. Ella vive en Chipiona.

La actriz

El pueblo quedaba junto al mar.

Durante tres días, lo recorrí de un extremo a otro.

Me daba cuenta de que era una estupidez lo que hacía.

A cada uno con el que me cruzaba (una mujer comprando verdura, el mozo de un bar, un viejo leyendo el diario) le preguntaba por una chica llamada Lilen, que se parecía a Victoria Abril.

Nadie sabía de ella.

Era entendible que no dijera su verdadero nombre en el chat.

También que mintiera sobre su parecido con Victoria Abril. Pero le creí que visitaba el faro de niña. Lo más probable era que pasara su niñez en Chipiona y se marchara después.

¿Qué podía hacer en un pueblo una mujer como ella?

Seguramente, se había mudado a Cádiz o Madrid.

—¿Desde Argentina has venido a buscarla?

—Sí.

—Sabes que estás medio loco, ¿no?

Todos esos días, Arturo me había atendido en el bar. Estaba a punto de jubilarse.

—La muchacha no debe ser de acá. Nos conocemos todos y no hay nadie que se parezca a Victoria Abril.

—Eso no me importa. No me importa a quién se parezca o como es su aspecto. No sé si podrás entender. Pero es lo que piensa, la manera en que lo expresa lo que me importa. Es tan inteligente. Ha leído tanto. Lo que me escribió era muy bello y profundo. Yo le dije que ella era la poesía. No una poeta, sino la poesía misma. Es demasiado hermosa interiormente. No es como las demás mujeres. Tiene algo que la hace diferente. No conocí a nadie como ella. ¿Suena muy de loco lo que te digo?

Repentinamente, Arturo se puso muy serio.

—No. No suena tan loco. Muchacho, vuelve a Argentina. Tu país es famoso por sus mujeres hermosas.

Me puso una mano en el hombro.

—Vuelve. Allá encontrarás una mujer que valga la pena.

Decidí irme.

Cargué las valijas en el auto que alquilé.

Una mujer, de unos cuarenta años, robusta, con una linda cara de mejillas rojizas, pasó junto a mí. La reconocí.

Era una de las primeras a las que había interrogado.

—Adiós —le dije.

—¿Se marcha? ¿Le ha gustado nuestro pueblo?

—Es un lugar muy hermoso.

Sonrió.

—Vuelva, entonces. Es una pena que no se quede para las fiestas del carnaval. ¿No encontró a la muchacha, verdad?

—No.

—Se lo dije. No hay nadie así por aquí. Ojalá lo hubiera. Sería como tener un ángel. Buen viaje.

Subí al coche y arranqué.

Faltaba una hora para que anocheciera.

A la salida de Chipiona, me detuve. Regresé.

Dejé el auto y fui a la playa. Comencé a caminar.

Antes de irme quería ver, por última vez, cómo se encendía la luz del faro.

Caminé por las largas playas. Estaban despobladas.

Era invierno. Hacía frío.

En la playa cercana al faro, había un bar al que fui todos los días esperando que ella apareciera.

Si ella vivía en el pueblo, le habrían contado que la buscaba.

¿Por eso no aparecía?

O todo era más simple: vivía en otra parte y yo era un idiota atrás de una mujer.

Mejor dicho, atrás de un sueño, una ilusión, un deseo.

No fui al bar. No quería estar cerca de nadie.

Miré el mar.

¿Qué sería de mi vida?

¿Habría alguna cosa que pudiera darle sentido?

Supe que el vacío dentro de mí nunca me abandonaría y que no había nada para mí que no fuera estar.

Eso solamente: estar.

Cuando volviera a Argentina, buscaría esa película con Gene Tierney. Ella había tenido su fantasma en la ficción y yo en la realidad. ¿Ficción, realidad? ¿Cuál era una y cuál la otra?

El cielo estaba cubierto de nubes espesas.

El faro encendió su luz.

El faro

Basta, pensé. Ya no podía seguir.

Era el momento para irme.

Tal vez, mañana, al despertar, como la señora Muir, habría olvidado todo.

La luz del faro iluminaba la calle lindera a la playa.

Desde abajo, a unos cincuenta metros de distancia, vi a una mujer de pie.

Alguien estaba con ella.

No podía ver bien. El cuerpo de la mujer me lo impedía.

Estaban sobre la vereda costanera, junto al barandal de pilares de yeso.

Agaché la cabeza. Caminé sin levantar la vista.

Al fin, volví a mirar el faro. Luego, al mar. El viento lo empujaba con fuerza sobre la costa.

Me detuve.

Sentía mi cuerpo como si fuera un globo que se desinfla.

Subí a la vereda.

Vi con más claridad a la mujer.

Junto a ella, había alguien sentado.

Parecía un niño. Daba la impresión de que la mujer lo acomodaba en el asiento.

Hacía demasiado frío como para llevar a un niño a ver la luz del faro. ¿Qué hacía esa mujer con el niño?

La mujer miró hacia el mar.

Yo estaba a diez metros de ella.

La reconocí. Era la mujer robusta de la que me había despedido un rato antes.

La luz del faro nos iluminó.

Fui hacia donde ella estaba.

La mujer giró la cabeza hacia mí.

Le sonreí.

Ella me miró con un gesto de desesperación.

Di unos pasos más.

Me detuve.

La mujer seguía mirándome.

Vi a la chica en la silla de ruedas.

Vi sus cabellos rubios; su cabeza como dislocada, caída hacia uno de sus hombros; su brazo izquierdo, como un palito; su pequeña mano con los dedos arqueados y rígidos; su mano derecha sosteniendo un vaso de plástico con un sorbete, del que tomaba traguitos.

Una frazada la cubría hasta el pecho.

La mujer robusta se movió, como si buscara que su cuerpo se interpusiera entre la chica y yo.

La mujer apretaba los labios.

Sus ojos estaban llorosos y clavados en mis ojos.

Parecía estar implorando.

Como si me estuviera suplicando que no me acercara.

Permanecí inmóvil.

El viento era frío.

Yo no sabía qué hacer.